

HA NACIDO UN SATÉLITE

CLARK CARRADOS

I M P R E S O E N E S P A Ñ A

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 -
BARCELONA

COLECCIÓN

ESPACIO

Ha nacido un Satélite

por

Clark Carrados

EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

Para mayor comprensión del lector y, como felizmente se lo explicará una vez leída la presente obra, los personajes de la misma hablan y se expresan en términos «terrestres», especialmente en todo cuanto se refiere a medidas, sean de la clase que éstas sean; todo ello con el fin de evitar estar haciendo continuas aclaraciones que, con la presente advertencia, resultan ya totalmente innecesarias.

EL AUTOR.



Entonces
vino el
diluvio por
espacio de
cuarenta
días sobre la
tierra: y
crecieron las
aguas...
(GENESIS, VII; 17)

CAPITULO I

SERPENTEANDO por el negro infinito espacio, taladrado por billones de luminarias, la astronave huía sin dirección fija con velocidades lumínicas.

En los costados del enorme, colosalísimo aparato, se podían ver las señalen de terribles disparos, que, destrozándolo en buena parte, no habían logrado, sin embargo, abatir su poderosa fortaleza. Milagrosamente, los impactos habían respetado el nombre pintado sobre el otrora brillante, reluciente metal, y ahora abollado y resquebrajado en muchos sitios. Tenía un nombre muy raro; el de su comandante y propietario a la vez: «Doryna».

El «Doryna» huía para buscar la salvación en la fuga. Era el único superviviente de las fuerzas del Reino de la XXIVa Galaxia, derrotadas en toda línea por la coalición de Reinos e Imperios de las Galaxias IIª, VIIIª, XVIIª y XXXIª.

La batalla había sido feroz, enconada; había durado muchos días y las fuerzas que combatieron a las órdenes del «Doryna» habían peleado hasta el último hombre; hasta el último proyectil; hasta la última nave; sin querer rendirse más que a la muerte.

Pero el fin, lógicamente, no podía ser más que uno, por muchas pérdidas que hubieran causado a la Coalición, y la destrucción del ejército sideral de la XXIVª Galaxia había sido completa, total, rotunda. En el momento actual, los coaligados, sin restañar aun las duras heridas que habían sufrido en la cruenta y descomunal batalla celeste, se estaban dando prisa a ocupar todos los planetas habitados de la Galaxia vencida.

Por ello huía el «Doryna»; porque sus ocupantes sabían que, de ahora en adelante, ningún rincón, por remoto e ignorado que fuera, del Grupo de Galaxias del IVº Universo, sería lo suficientemente escondido para protegerlos de las iras de los vencedores, los cuales no solían hacer prisioneros. Y ni el hecho de que a bordo del «Doryna» viajara la propia reina de la Galaxia vencida sería suficiente para detenerlos: ella y los escasos fieles que todavía le quedaban, serían muertos instantáneamente, apenas fueran apresados, por los soldados que tan señalado triunfo lograran. Tal había sido la ley dictada por el vencedor y los tripulantes de la nave lo sabían. Por ello huían.

En el interior del «Doryna», la muerte y la desolación reinaban por doquier. Lo que antes de la batalla fue una nave colosal, enorme, pulida, brillantísima, capaz para contener mil hombres de lo mejor en todos los ramos de la ciencia, era ahora un ambulante cementerio

sideral.

Los impactos de los disparos enemigos habían provocado terribles destrucciones en la nave; otra, peor construida, habría estallado muy pronto, como había pasado con las demás. En cambio, el «Doryna», aun con gravísimas averías, conservaba los motores necesarios y en ellos la energía precisa para poder navegar por el espacio con velocidades próximas a la de la luz.

Por todas partes, en el interior del aparato, se veían ruinas y muertos. En la colosal cámara de energía; en las torretas artilladas; en la fábrica de torpedos y proyectiles teledirigidos; en los pañoles de municiones. El interior del «Doryna» era, literalmente, una pura ruina.

Sin embargo, todavía había algo de vida en su interior; aún había quien alentaba y respiraba dentro de la nave.

El espacio era muy reducido; aun siendo grande, era pequeñísimo en comparación con el resto de la espacionave. Pero se trataba, prácticamente, del cerebro de la misma; la cámara de mandos,

Tres personas había en ella, tres personas en cuyos rostros se pintaba, más que la desesperación y el vergonzoso sentimiento de la derrota, la fatiga y el cansancio más intensos. El interior de la cabina estaba silencioso y en él se percibía claramente el lejano rumor de las máquinas que, milagrosamente, habían resultado intactas en la batalla, y que seguían empujando a la nave con destino ignorado.

Una de las personas era una mujer. Alta, exquisitamente formada, sus cabellos negros, sallándole de debajo de una especie de áureo casquete constelado de rutilantes gemas, le caían en obscura catarata sobre los redondos hombros que el ceñido corzelete dejaba al descubierto. El talle estaba ceñido por un sencillo cinturón del que pendía una descomunal pistola de raro aspecto, y el resto de la vestimenta consistía en unos breves «shorts» y unas doradas sandalias de medio tacón. El rostro de la mujer, en el cual se pintaba claramente la decepción causada por la derrota, era bellísimo y se veía claramente que apenas si había llegado a los veinticinco años, aunque no dejaba de retratarse en él la decisión y la energía propias de quien está acostumbrado a mandar desde la misma cuna.

Las otras dos personas restantes eran dos hombres. Uno joven, de unos treinta y dos o treinta y tres años; resuelto, decidido, de esbelta figura, de revueltos cabellos castaños y ojos azules, en cuyo traje se velan las insignias de coronel de la Guardia Real de la XXIVª- Galaxia También llevaba pistola al cinto, así como su compañero, de unos veinte años más de edad, pelo ya entrecano, aunque de robusta figura y aspecto firme y entero, en cuyas hombreras podían divisarse todavía los emblemas de general en jefe de las fuerzas derrotadas.

La cabina estaba silenciosa. Los dos hombres, en un rincón, sentados, contemplaban mudamente a la mujer, la cual, de pie junto a

un amplio y circular ventanal, por el cual se veían las estrellas, hacia ya rato permanecía en la misma posición, sin dar señales de cansancio.

Su esbelto seno de la mujer se dilató cuando ésta suspiró melancólicamente en cierta ocasión. Los dos hombres la miraban, mas no pudieron ver siquiera ni una furtiva lágrima en los bellos ojos de su vencida reina; Doryna estaba acostumbrada, desde su más tierna infancia, a disimular toda clase de sentimientos. Allí donde otra mujer, de más sensible corazón, hubiera estallado en histérico llanto, ella permanecía altiva, orgullosa, sin someterse a nadie, y solamente la palidez de su hermosísimo rostro y, en ocasiones, algún suspiro profundo, indicaban el torbellino de contradictorias emociones que se albergaban en su corazón.

El viejo general sonrió de pronto. El coronel lo advirtió.

—¿Qué le ocurre, señor"? —preguntó.

—No, nada, Rikkys; excepto que me parece con fundadas razones que ahora lograrás realizar por fin el sueño de toda tu vida.

—No le entiendo, señor —contestó el coronel.

El general Blazzes volvió a sonreír. Alargó su barbilla en dirección a la reina.

—Mírala; es hermosísima, ¿verdad?

—Sí, general, pero no entiendo...

La distancia que separaba a los dos hombres de la mujer era lo suficiente para que, hablando en medio tono, ella no pudiera oírles. El general continuó.

—Amigo Rikkys, y perdona que haya suprimido los tratamientos, yo he vivido una porción de años más que tú, y sé lo que me digo. Estás enamorado de Doryna, ¿verdad?

El joven enrojeció; bajando la cabeza.

—¿Cómo lo habéis sabido, señor? —preguntó sordamente.

Blazzes emitió una corta risita.

—¿Para qué te crees que tengo yo los ojos, amigo mío? Tú estás loco por Doryna; es inútil que lo disimules. Te he visto devorarla con la mirada; seguir todos y cada uno de sus movimientos; precipitarte a servirla apenas ella abría ¿a boca... Te has batido como un león y si ella está todavía viva y libre, te lo debe a ti...

—Estáis exagerando, señor —le interrumpió vivamente el coronel.

El general movió la cabeza:

—No, nada de eso, Rikkys; ¿o es que te crees que yo no he pasado en otros momentos por el mismo trance?

—Pero vos pudisteis elegir una esposa entre las de vuestro mismo rango.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora con lo que estamos hablando?

Una sonrisa amarga floreció en los resecos labios del joven:

—Nada; excepto que ella es una reina y yo soy un simple coronel. —Blazzes volvió a reír:

—-Reina, ¿de qué?; coronel, ¿de quién? Anda, contéstame a esas dos preguntas, Rikkys.

El interpelado abrió los ojos. Blazzes continuó:

—Ni ella tiene ya un pedazo de tierra sobre la cual reinar ni tú tienes un solo hombre a quien mandar. Ya me dirás ahora que diferencia os separa ahora.

—Ella es mi reina. Y yo soy solamente un coronel, nacido en la categoría más baja de nuestra Galaxia.

—Pero fuiste lo suficiente hábil, inteligente y valeroso para, en un plazo increíblemente corto de tiempo, elevarte de soldado raso a coronel de la Guardia Real. ¿Y qué? ¿Es que todo esto no tiene su mérito? ¿Qué te crees que fui yo antes de ser noble?

—No lo sé, señor…

—Apaleé uranio en los hornos de energía del XVIIº Planeta. Y no tengo por qué avergonzarme de ello, Rikkys. Si luego triunfé y me ennoblecieron, ¿por qué no te ha de pasar a ti lo mismo?

—Sí; pero ella sigue siendo mi reina… —continuó tozudo el coronel.

— ¡Tu reina! —bufó con desprecio el general—. Ahora ya no hay más que un hombre y una mujer; ni tú ni ella, fuera de esta astronave, tenéis dónde caeros muertos. ¡Y hablas de reinas y nobles!

—¿Y qué queréis que haga, señor? —exclamó desesperado el joven —, ¿Acaso que vaya a confesarle mis sentimientos?

—No ahora, porque no es el momento más adecuado, Pero un día u otro desembarcaremos en algún lugar que todavía ignorarnos; no siempre vamos a estar viviendo encerrados en este ataúd sideral. Entonces, cuando hayamos abandonado el «Doryna», será el momento de que te lances a fondo; ella no te rechazará, tenlo por seguro.

Rikkys suspiró:

—Quisiera creeros, señor.

—Ese momento llegará, no lo dudes, Rikkys…

En aquel momento, la mujer salió de su estatismo, girando levemente, se encaminó hacia los dos hombres, quienes, respetuosamente, se pusieron en pie. En sus todavía, a pesar de todo, rojos labios, apareció la sombra de una sonrisa.

—Estabais hablando de mi, ¿verdad?

Los dos hombres se miraron.

—Pues, Majestad…

—Señora…

—Es igual —dijo ella—; no os reprocho por ello. A fin de cuentas, tenéis el perfecto derecho a criticarme. Mi tozudez os arrastró a la ruina y, si nos capturan, a la muerte.

—¡Majestad, antes que separarnos de vos, preferiríamos morir! —exclamó ardientemente el joven.

Ella sonrió benignamente:

—Mi buen Rikkys —murmuró—; tú siempre tan fiel y tan leal; como el leal y fiel Blazzes.

—Para siempre, Majestad —dijo el general, doblando una rodilla.

Se apoderó de la larga y afilada mano de la mujer y trató de besarla.

Pero Doryna la retiró vivamente:

—¡No! —dijo.

—¿Por qué, Majestad?

—Baja ese tratamiento, Blazzes; ya no soy una reina, porque ya no tengo sobre quién reinar. A menos que considere como un reino el interior de esta nave a punto de ser destruida en cualquier momento y como mis súbditos a vosotros dos, los únicos que me quedáis.

—Lo somos, Majestad —declaró enérgicamente Rikkys y ella lo miró de una manera que casi lo hizo tambalearse.

—Peleaste por mí como los buenos, Rikkys; ¡lástima que ahora el concederte una patente de nobleza no te sirva para nada!

— ¡No quiero un título, Majestad; solamente quiero...! —y el coronel se interrumpió de repente.

Doryna arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que quieres, Rikkys?

Pero éste no contestó; desvió su mirada. Ella, entonces, se dirigió hacia el general, quien dijo sencillamente:

—Os quiere a vos, señora.

La sangre huyó de las mejillas de Doryna.

—¿Cómo has dicho, general?

—¿Por qué habéis hablado, señor? —exclamé, dolorido y avergonzado el joven.

—¿Es cierto lo que me dice, Blazzes?

—Señora, yo...

La mujer frunció el entrecejo;

—No es muy correcto aprovecharse de la situación en que nos hallamos para formular, con la complicidad de uno de los tuyos, unas peticiones absurdas y inadmisibles. Soy una reina derrotada, vencida, sí; en desgracia, entregada a la proscripción; pero, ¿es ello motivo suficiente para que declares una cosa tan absurda como la que acabo de oír y que, en circunstancias normales, me hubiera hecho arrojarte a los hornos de uranio?

El coronel se enderezó, crispando los puños:

—Majestad, jamás se me hubiera ocurrido a mí, cualesquiera que hubieran sido las circunstancias por las que hubiéramos atravesado, hacer públicos otros sentimientos hacia vos que no fueran los de mi

incondicional devoción y lealtad. Aun faltando al respeto a mi superior, he de declarar que él habló en este asunto sin mi consentimiento.

Los labios de Doryna temblaron un momento. Quiso hablar, pero entonces un claxon sonó estridentemente en el interior de la cabina.

— ¡La alarma de radar! —exclamó el general.

Instantáneamente, las tres personas se olvidaron por completo de la discusión que estaban sosteniendo.

Corrieron hacia el colosal tablero de mandos que regía la astronave. En una obscura pantalla circular, de tono verdoso casi negro, se veía un puntito luminoso.

—Nos acercamos a él —exclamó Blazzes tras unos momentos de observación.

—¿Será un aparato enemigo? —inquirió Doryna.

—No lo creo —repuso Rikkys—; estamos ya fuera de los límites del IVº Universo y no creo que la Coalición se atreva a mandar una patrulla exploradora fuera de sus dominios; a fin de cuentas, ya consiguieron lo que tanto deseaban y... Oh, perdón, Majestad. No debí mencionar...

Ella sonrió tristemente:

—Es igual, Rikkys; no por ello recuperaré lo perdido. Ahora veamos qué clase de nave es ésta que se nos aproxima.

Era un aparato totalmente desconocido para ellos y, en comparación con el «Doryna», pequeñísimo, casi infinitesimal, de forma circular, más parecido a un disco que a otra cosa.

Blazzes se acarició la barbilla:

—Creo —dijo—, que sería muy conveniente que pasásemos a su interior a ver de qué se trata y qué gente lo ocupa.

—¿No se tratará de una trampa? —preguntó, anheloso, Rikkys.

—No lo creo —declaró el general—; es un tipo de nave jamás vista en el IVº Universo y, sin falsa modestia, me precio de conocer todos los tipos.

—¿Entonces...? —sugirió Doryna.

—Pasemos a su interior; todavía nos quedan medios para ello.

—Sí —dijo la destronada reina—; será muy interesante establecer contacto por primera vez con gentes de fuera de nuestro Universo.

Pero cuando al fin, tras ímprobos trabajos, lograron penetrar en la diminuta navecilla, se quedaron boquiabiertos al ver sus ocupantes.

Eran dos solamente los que había en el interior de la pequeña astronave, cuya cabina era tan reducida que apenas si cabían ellos tres vestidos con las pesadas escafandras de vacío. Pero lo más asombroso, no era que aquellos tripulantes fueran un hombre y una mujer, sino sus peculiares condiciones.

Cada uno de los dos estaba encerrado en una especie de fanal de

vidrio, acolchado por uno de sus lados, en el cual se habían tendido. Debían de estar muertos, si juzgar por su aspecto, pero, en todo caso, se habían conservado maravillosamente y sus cuerpos, especialmente los rostros, aparecían con una expresión tan natural como si estuvieran dormidos. Ambos, cada uno en su género, eran de una singular belleza, y, sin embargo, lo extraño no era lo que los fugitivos acababan de ver sino que:

Aquellos dos seres, con una total apariencia humana, median unos sesenta centímetros de estatura.

Pero sus proporciones físicas, en todo caso, eran exactas, por lo que no podía hablarse del enanismo, ya que sus cabezas eran normales, sin el desarrollo exagerado que suelen tener los enanos congénitos. Era evidente, pues, que se trataba de una raza desconocida, cuya principal característica era su tamaño diminuto,

—Es curioso —dijo Blazzes, rascándose la nuca—; he viajado muchísimo, y he visto seres de todas clases: desde los hombres-plantas hasta los hombres- tortuga; pero jamás vi otros enanos que los que fueron producto de una deficiencia orgánica hereditaria.

—Estos no son enanos —dijo Rikkys de pronto—; su raza es así, de tan baja estatura.

—Pero son muy hermosos los dos —murmuró Doryna, con una insospechada nota de ternura en la voz, como jamás habían oído ninguno de sus acompañantes.

De pronto, un raro sonido se produjo en el interior de la cabina.

Las miradas de Doryna y los dos hombres se dirigieron instantáneamente hacia el lugar de donde brotada el sonido, que no era otra cosa que una voz humana, de dulces y agradables entonaciones,

—¿Qué dice? —preguntó ella.

Blazzes se encogió de hombros.

—No lo sé; es un idioma totalmente desconocido para mí.

—¿Por qué no usamos el traductor automático?

—sugirió de pronto el coronel.

Doryna asintió, entusiasmada:

—Quizá nos estén contando su historia; me da la sensación de que estos dos seres vivieron hace muchos miles de años.

—Eso quiere decir —murmuró el general— que solamente estaban esperando a que alguien se encontrara con la nave para relatar lo que les ocurrió.

—Una suposición que lleva camino de ser verdad. —dijo ella.

—Pues entonces —exclamó Rikkys-—, no se hable más; voy a

disponer todo para que el traductor nos cuente lo que aquí ha pasado.

—Anda, ve, Rikkys; disponlo todo.

El coronel se inclinó profundamente:

—Sí, Majestad —dijo, y dio media vuelta, dirigiéndose al departamento técnico de la cámara de mandos del «Doryna».

Dos horas más tarde todo estaba preparado. Blazzes y Rikkys eran dos habilísimos mecánicos y habían logrado hallar el aparato que producía la voz, conectándolo con el traductor automático. Y, en medio de un profundo silencio, los tres derrotados de la XXIVª Galaxia se dispusieron a escuchar.

CAPITULO II

A favor de las sombras de la noche, esquivando los puestos de centinela, un hombre se deslizaba furtivamente en busca de algo.

Tenía la mano derecha sobre la culata de una pistola de pavoroso aspecto y amenazador cañón: vestía unos cortos pantalones y una blusa casi sin mangas, ambos negros, y calzaba con unas acordonadas botas de media caña. Tenía libres los revueltos cabellos negros, sin ninguna presa que los oprimiera, y en sus ardientes ojos se podían ver dos sentimientos, aparentemente distintos el uno del otro: la pasión y la energía; dos sentimientos que en el hombre alcanzaban su punto máximo.

De pronto oyó unos pasos y se aplastó contra el hueco de una semicircular puerta; el soñoliento guardián, con el proyector de rayos en un costado y la lámpara en la mano, pasó casi rozándole, sin sospechar su presencia allí. Tampoco habría podido dar la alarma; el hombre tenía la pistola firmemente asida por el cañón y el golpe de la culata hubiera sido más que suficiente para acallar un grito antes de ser proferido.

Continuando su camino, el joven, porque por su edad lo era, llegó a un alto muro que, al parecer, le separaba de su obstáculo.

Se quitó algo que llevaba a la cintura y que no era otra cosa que una cuerda muy fina, pero de enorme resistencia, terminada en un gancho forrado de goma. La lanzó hasta hallar un asidero en el borde del muro.

Tiró de la cuerda hasta convencerse de su absoluta resistencia; luego, a fuerza de puños, se izó; pero, cuando ya tenía las manos en lo alto, hubo de aplastarse contra la pared.

La poderosa luz del reflector barrió el lugar, iluminándolo todo con su vivísimo resplandor, sin apenas dejar un sitio al que no llegaran sus delatores rayos. Pero apenas se hubo alejado la luz, el hombre pasó al otro lado y, sirviéndose nuevamente de la cuerda, bajó al suelo.

No se llevó la cuerda, pues la necesitaba para su regreso. Durante unos minutos permaneció encorvado, con los músculos en tensión y el oído atento al menor ruido sospechoso.

Sin embargo, no se oía nada; el silencio era absoluto, total, y apenas si se percibían los suaves rumores de las hojas de los árboles al ser agitadas por la leve brisa que soplaba. El lugar en que el intruso se hallaba era un jardín, cuya belleza no podía apreciarse a causa de las nocturnas tinieblas. Mas el joven lo conocía demasiado bien y sabía que pocos lugares había como aquel en que se encontraba en los

actuales momentos.

La luz del reflector volvió de nuevo, obligándole a tirarse al suelo, tras un florido arbusto, en el cual permaneció inmóvil, conteniendo la, respiración, hasta que, de nuevo, volvió a hacerse la obscuridad en torno suyo.

Entonces se puso en pie y echó a correr, frenéticamente, como un poseído, hasta un bellísimo edificio que, rodeado por el jardín, se alzaba a unos doscientos metros de distancia. Apenas si se veía alguna que otra ventana iluminada, y todas estaban en la parte alta.

Llegó al pie del edificio, que más parecía un castillo de rarísima factura que una casa, a juzgar por sus elevadas torres circulares y sus muros de atrevidísima y singular construcción, se detuvo al pie de la pared y aguardó unos instantes, hasta que su respiración hubo adquirido el ritmo normal.

Entonces se colocó las manos en la boca y emitió unos sonidos, fiel imitación del canto de un pájaro. Lo repitió por tres veces seguidas, luego dos más, y terminó con tres pitidos más, agazapándose a continuación al lado de un seto lleno de flores.

Aguardó unos momentos, lleno su ánimo de tensión. Al cabo, unos pasos, hollando la fina gravilla del sendero, se dejaron oír. Pero el hombre no se movió hasta que tuvo la seguridad de que la persona que acudía era la misma que él aguardaba.

Salió a su encuentro. Oyóse un gritito de susto.

—¡Chittsss...! ¡Por el amor de Dios, Belya, no hagas ruido! Podrían oírnos y eso sería nuestra perdición.

—¡Helos, oh, Helos! —susurró ella—. Por fin has venido. Temí que te hubieran cogido...

—Muy listo tiene que ser el que me atrape a mí, Belya —contestó él con una justificada nota de orgullo en la voz—, Pero ven, querida; aquí no estamos bien. Hemos de buscar un sitio donde resguardarnos...

Evitando cuidadosamente el hacer el menor ruido, los dos buscaron una especie de glorieta o cenador, en el que se introdujeron y se sentaron en uno de los divanes que allí había. El brazo del hombre rodeó el talle de la mujer; los brazos de ésta se ciñeron en torno al cuello de Helos y sus labios se buscaron, uniéndose en apasionado beso.

Durante unos momentos reinó en aquel lugar el más absoluto silencio. Luego, separándose levemente, uno y otra se miraron a los ojos, aun a sabiendas de que no podían verse.

—¿Cómo pudiste llegar hasta aquí, amor mío? —inquirió ella en el habitual tono bajo en que se desarrollaba la conversación.

Helos hizo un gesto ambiguo.

—Bah, no tiene importancia, cariño; lo interesante es que estoy a

tu lado.

—¿Y si... y si...?

—¿Si me descubrieran, quieres decir?

—Sí, Helos.

—Ese momento no ha llegado todavía, Belya; tú bien los sabes. Por otra parte, he ido y he vuelto infinidad de veces sin que nadie me molestara, ni nadie, así mismo, se enterara de mi presencia en Mitad Luz.

—¿Qué medio has empleado para venir de Mitad Noche?

—El de costumbre, el cohete del correo. Tengo buenos amigos allí, ¿sabes?

—¿Y no temes que un día te delaten?

—¿Por qué habían de delatar a uno de los suyos? Los del otro hemisferio no somos traidores. Podernos negarnos, si acaso, a dar nuestra palabra; pero ya me dirás tú cuándo has oído que uno de los de Mitad Noche haya quebrantado una promesa o un Juramento.

Ella inclinó la cabeza.

—Tienes razón, Helos...; pero, ¡padezco tanto sin tí! Oh, ¿cuándo se acabará todo esto?

El rostro del hombre se endureció en la obscuridad.

—Cuando el Gobierno que preside tu padre empiece a avenirse y a los de Mitad Noche se nos conceda la igualdad absoluta de derechos con los de Mitad Luz.

—Es muy difícil, Helos —dijo ella pesimista.

—¿Por qué?

—La separación entre las dos Mitades es cosa que dura ya desde que existimos, Helos. Creo —y el esbelto seno de la joven se hinchó con un profundo suspiro—, que es algo tan imposible como el establecernos allá, como hablamos pensado en tantas ocasiones.

Al decir esto, la mano de la joven se tendió hacia un punto en el espacio, en el cual, enorme, redonda, flotando como una gigantesca y colosal bola de plata, se veía un mundo que casi parecía tocarse con la mano.

—Tienes razón —murmuró Helos—; nadie, que yo sepa, pudo resistir más allá de dos o tres horas en la Tierra. Ten en cuenta que en ese planeta, ahora en estado salvaje por completo, nuestro peso aumenta seis veces su valor.

—¿Es a causa de la enorme fuerza gravitacional de la Tierra, ¿verdad, Helos?

—Sí, cariño.

—Pero tú estuviste en cierta ocasión al menos veinticuatro horas allí.

—Cierto, Belya; sin embargo, es una experiencia que no me agradaría repetir. Creí morir mil veces, sofocado por el peso de mi

mismo cuerpo. La pistola, que aquí manejo con suma facilidad, allí me era imposible casi moverla; el menor gesto me causaba infinitas torturas; la respiración, en aquel ambiente atmosférico tan denso, era un tormento que nunca acababa. Cuando al fin reparamos la avería de nuestro cohete y dejamos la Tierra debajo de nosotros, me sentí nacer de nuevo a la vida.

—Y, sin embargo—, musitó Belya pensativa—, creo que, teniendo paciencia durante nuestro período de adaptación, podríamos vivir allí.

Helos meneó la cabeza:

—Tendríamos que ser tres veces más altos y al menos seis más pesados para poder subsistir en la Tierra con probabilidades de éxito.

—Pero el profesor Mookel está continuamente haciendo experimentos sobre el crecimiento artificial, Helos. Yo creo que sí...

—No, Belya; es inútil. Mookel ha conseguido, cierto, duplicar la altura y cuadruplicar el peso de cualquier ser viviente, vegetales incluso, aunque esto último no interesa, al menos de momento. Pero, ¿sabes lo que ha ocurrido?

Ella asintió con mudo gesto.

—Los hombres que crecieron perdieron la inteligencia, transformándose en unos idiotas completos.

Y lo peor del caso es que ninguno de los medios empleados para, digámoslo gráficamente, dar marcha atrás, ha sido de resultados prácticos. Consecuencia: Mookel está manteniendo ahora, en sus laboratorios, media docena de hombres y mujeres que se prestaron voluntariamente a los experimentos y que tienen ahora menos inteligencia que un niño en el momento de su nacimiento. El recién nacido busca, por instinto, el pecho de su madre; ellos, los gigantes, no saben siquiera qué es comer, y morirían de hambre si no se les alimentase, para andar tienen que empujarlos; para dormir, tienen que acostarlos; para... Oh, Belya —exclamó el joven desesperado—, ¿es que tú querrías convertirte en un ser como ellos?

Los ojos de la joven se arrasaron de lágrimas, lágrimas que fueron fácilmente perceptibles en la grisácea obscuridad del cenador.

—¿Y hemos de permanecer así durante toda la vida, amándonos sin esperanza? —exclamó, lleno su ánimo de un más que justificado pesimismo.

—Mientras los que gobiernan nuestro mundo no accedan a nuestras demandas de igualdad, tendremos que seguir como hasta ahora, Belya, Tu padre jamás accederá a nuestro matrimonio.

—Podríamos apoderarnos de una astronave y buscar un rincón perdido en alguno de los planetas del sistema —sugirió ella.

—Imposible; en ninguno de ellos hay condiciones de vida y, además, está el efecto de la gravedad.

—Eso quiere decir que estamos condenados a vivir una vida sin

esperanza alguna, Helos.

El hombre inclinó la cabeza.

—Soy de Mitad Noche y, por añadidura, un hombre sin rango, sin nobleza, sin otra cosa que mis manos, mi cerebro y mi corazón. Tu padre, sin duda, preferirá entregarte a un hombre que no tenga manos, corazón ni cerebro, pero que sea de antiquísimo linaje, con tal de haber nacido en Mitad Luz. Lo demás… le importa muy poco.

—Helos, estás hablando de mi padre —le reprochó ella dolorida.

—Estoy diciendo la verdad, cariño. Y si tu padre, cosa que no creo ni espero, consintiera en nuestra boda, los demás miembros del gobierno que él preside,, se le echarían encima, obligándole a dimitir. Esto no lo consentiría él, como puedes comprender.

—Pero tú eres uno de los mejores científicos de Mitad Noche.

—Que no alcanza, sin embargo, a la suela de los zapatos del más torpe de Mitad Luz querida. Nos permiten instruirnos, sí; pero solamente en las materias que a ellos les interesan. Todo lo demás, incluso la astronáutica, nos está prohibido, bajo pena de muerte.

—Entonces, ¿cómo viajaste tú hasta la Tierra? —arguyó ella lógicamente.

—No fui en calidad de piloto, ni siquiera como astrogador; era un simple tripulante nada más, y ello porque fue como una especie de migajas del banquete que arrojaron a los de Mitad Noche. Ye comí aquellas migajas, Belya; eso fue todo.

—Pero tú sabes gobernar una nave del espacio, ¿verdad?

Helos calló. La muchacha volvió a insistir.

—Te lo digo a ti, Belya, y a nadie más —suspiró él, vencido—. Sí, sé gobernar una astronave; pero sólo Dios sabe los esfuerzos que he tenido que hacer para conseguirme los libros adecuados. Si te lo contara, acaso no me creyeras. Y si «ellos» supieran que yo poseo los libros prohibidos sobre astronáutica, física nuclear y algunos otros temas que a los de Mitad Noche nos están vedados, podría despedirme de la vida; llevarme a la cámara de desintegración sería solamente cuestión de minutos.

Hubo unos momentos de silencio. Luego Belya dijo:

—Se nos hace tarde, querido. Aun sintiéndolo infinito, he de marcharme, pues corro el peligro de que mi dama de guardia se encuentre con la cama vacía. Daría la alarma y…

Helos se apoderó de las manos de la joven, besándolas con frenético desespero. Luego murmuró roncamente:

—Te amo, Belya, te amo, y si tu padre…

En aquel momento un chorro de luz cegó a los dos enamorados. Helos se puso en pie, completamente deslumbrado, y echó mano a la pistola.

—¡No toques esa arma! —dijo una voz enérgica dura,

acostumbrada al mando—. Te estamos encañonando y al menor gesto te haremos desaparecer.

La muchacha reconoció instantáneamente al recién llegado.

—¡Papá! —exclamó, arrojándose hacia su progenitor.

Pero éste la rechazó fríamente. Continuó dando órdenes.

—¡Apoderaos de ese hombre y atadle sólidamente!

Helos intentó defenderse a golpes. No se atrevió a disparar la pistola por temor de que alguno de sus proyectiles desintegrantes alcanzara a su amada, y por ello hubo de utilizar el arma a modo de martillo, con el cual cascó un par de cabezas, como si fueran simples nueces.

Pero al fin la fuerza del número hubo de imponerse. Helos fue sujetado sólidamente y las manos le fueron atadas a la espalda, con abrazaderas de acero, que le impidieron el menor movimiento de los brazos.

—¡No le hagáis daño, papá! —oyó gemir a su amada.

Pero el padre de Belya, sin embargo, era inflexible.

—Hija, tú y yo hablaremos luego. Ahora tengo que dictar sentencia.

—¡No! —gritó aterrorizada la muchacha, poniéndose delante de su padre, pero éste la apartó a un lado.

Se encaró con Helos, el cual lo miraba fijamente, erguido, sin dar la menor señal de miedo o temor alguno.

—¿Quién te dio permiso para venir de Mitad Noche a Mitad Luz?

Hubo un momento de vacilación, y al fin el joven contestó decidido:

—Yo.

—Y ¿quién eres tú, si puede saberse?

—Un hombre libre; tan libre como tú puedas serlo, Rethar.

El padre de Belya lo miró de arriba abajo, desdeñosamente, Luego rompió a reír con estrépito.

—¿Tú, vil esclavo, un hombre libre? Estás loco cuando piensas tal cosa, Helos. Podría perdonarte el salir de Mitad Noche sin pasaporte, pero que, además, enamorases a mi hija, la verdad, es ya demasiado. No tengo más remedio que imponerte la única pena que para tú caso existe.

—¡No, papá, no! —gritó angustiada la joven, pues sabía de qué clase de pena se trataba.

—Tú, cállate; esto no va contigo. Helos, sé que eres uno de los más activos rebeldes de Mitad Noche. Me alegro, a fin de cuentas, de haberte cazado; creo que la noticia de tu muerte será un buen escarmiento para esa cuadrilla de imbéciles que solamente piensan como tú.

—No conseguirás nada, Rethar —contestó serenamente el joven—.

Si, podrás matarme a mí, pero no conseguirás hacer desaparecer el sentimiento de independencia y de libertad que anida en el pecho de cada uno de mis compatriotas, de todo habitante de Mitad Noche.

—Eso es cosa que todavía está por ver, Helos. Y basta ya; he sido harto complaciente contigo, y la paciencia con los rebeldes no es precisamente una de mis virtudes. ¡Guardias, lleváoslo y que lo ejecuten inmediatamente en la cámara desintegradora!

Belya hizo todos los posibles por conseguir de su padre la revocación de tan fantástica orden. Pero sus esfuerzos resultaron baldíos, y al fin sólidamente sujeta por dos robustos guardias, hubo de verse obligada a contemplar cómo se llevaban a su amado camino de la muerte.

Cuando se hubieron quedado solos, Belya se encaró con el autor de sus días. Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos y en su hermoso rostro se pintaba la decisión más absoluta.

—Papá —dijo con voz helada—, sé que pretendes casarme con Wuzatt, solamente porque es el heredero de una colosal fortuna que, además, es el probable heredero también de tu presidencia. Pero ten en cuenta una cosa: en el momento en que Helos muera, yo lo haré también. La vida no tiene ningún atractivo para mí sin él, entiéndelo de una vez.

Rethar se pellizcó el labio inferior.

—Estás loca. —dijo al fin—, y eso es consecuencia de la poca edad. Anda, ve a tus habitaciones y olvida a Helos.

—Pides una cosa imposible, papá —dijo ella, dando media vuelta,

CAPITULO III

NO intentó siquiera oponer resistencia; Helos ¿para qué? Sabía que toda intentona para lograr su propio rescate estaba condenada al fracaso de antemano, de modo que se dejó llevar pacíficamente por la fuerte escolta que Retirar, Presidente del Supremo Gobierno de las Dos Mitades, ls asignara.

El oficial que la mandaba alzó el brazo y un coche se detuvo. El vehículo tenia una forma vagamente parecida a la de un huevo, con encristaladas ventanillas, e iba suspendido a unos cuarenta centímetros del suelo por un invisible canal guía electromagnético.

El conductor abrió la portezuela y Helos fue arrojado en su interior, en la parte trasera. Dos fornidos soldados, armados con desintegrantes, se sentaron a su lado, con estólica expresión. El oficial lo hizo junto al chófer e instantáneamente el vehículo reanudó su marcha.

No hizo falta que encendiera los faros. La electropista era de dirección única y no se corría el riesgo de tropezarse con otro coche en dirección contraria. Si acaso, de alcanzar a otro más lento, pero entonces los rayos captados por el radar accionaban automáticamente los frenos, y el coche reducía su marcha o se detenía a una distancia conveniente del anterior, En realidad, el conductor no tenía prácticamente otra misión que la de hacer andar o detener el coche a su voluntad; los accidentes estaban así descartados.

El camino a recorrer era corto, y cinco minutos más tarde el coche enlazó con otra electropista que daba directamente a una colosal torre, cuya pesada puerta, de batientes deslizantes, se hizo a un lado, apenas sus sensibles células captaron las llamadas de apertura. Comprobada la personalidad de los ocupantes del vehículo por quienes allí estaban de guardia, el coche se sumergió en un túnel brillantemente iluminado, encorvado en reducida espiral descendente, a cuyo término, en los sótanos de un colosal edificio, se detuvo.

Unos guardias uniformados salieron al encuentro del mismo. El oficial se apeó.

—Un condenado de Mitad Noche destinado a la cámara de desintegración, órdenes de Su Suprema Inteligencia.

Al oír aquellas palabras, especie de «¡Sésamo, ábrete!», los soldados se inclinaron. Uno de ellos corrió hacia el sólido muro y oprimió un botón.

La segunda puerta de acero, más pequeña que la anterior, se

deslizó también sin ruido. El oficial, los guardias y el prisionero, echaron a andar entonces.

A su pesar, Helos hubo de morderse los labios. Estaba en la célebre cámara de desintegración, aquel lugar del cual se evitaba hablar, por cualquiera de los habitantes de ambas Mitades, siempre que les era posible. Muchos habían visto aquella cámara, millares, sin duda, pero con excepción de los guardias que allí había y cuyos labios estaban sellados por el más feroz de los juramentos, nadie había podido contar lo que habla en su trágico interior.

Realmente había muy poco que contar. Aun siendo espaciosa, la estancia subterránea era monótona en su regular forma geométrica, muy aproximada a la de un cubo.

Sus paredes, de durísimo vítreo, estaban completamente desnudas. En uno de sus lados había una sencilla mesa, también del mismo material, sostenida por dos patas incrustadas en el suelo; detrás había tres sillones cuyos respaldos curvos no sobrepasaba la altura de los brazos, y en cada uno de ellos había sentado un hombre.

En el extremo opuesto se hallaba el aparato que producía la muerte, una especie de cajón de grueso vidrio, absolutamente transparente, enlazado con la pared más próxima por unos gruesos cables de negro color. Uno iba a la parte superior y, atravesando el vidrio, concluía en una gruesa esfera, de irisada superficie. El final del otro cable era idéntico, pero se encontraba en una de las paredes del cajón, a unos treinta y cinco centímetros del suelo.

En el momento en que los guardias entraban con Helos, el tribunal estaba dictando sentencia. Helos se dio cuenta de que junto a los jueces, observando el espectáculo, negligentemente apoyado en un borde de la mesa, se hallaba un hombre, de mefistofélico aspecto y somera vestimenta. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una vaga sonrisa flotaba sobre su inteligente al par que diabólico semblante.

No hablaba; se limitaba a escuchar distraídamente, como si no le interesara apenas la conversación que se desarrollaba entre los jueces y el acusado y que más bien era un interrogatorio.

El acusado se hallaba de pie frente al tribunal, escoltado también por dos soldados. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente en tanto que se retorcía las manos lleno de desesperación.

El presidente del tribunal hojeó unos papeles y luego le miró.

—Birdos Ran —dijo—, estás acusado del delito de haber intentado robar un cohete correo perteneciente al Estado, matando para ello a su conductor. Las patrullas aéreas te detuvieron cuando te dirigías con él a Lubsia, la IXª Ciudad de Mitad Noche. ¿Es eso cierto?

—Sí, pero yo sólo quería,..

—Limítate a contestar sí o no; no nos interesan los motivos que

tuviste para ejecutar tan criminal acto. ¿Robaste o no robaste el cohete, matando además a su conductor?

—Sí —contestó con un hilo de voz el acusado.

—¿Por qué lo hiciste?

—Se trata de un error, señoría; yo solamente trataba…

—No hay error en el presente caso —le interrumpió el juez—. Los delitos han sido cometidos y eso es lo que interesa al tribunal. Quedas condenado a muerte, Birdos Ran. La sentencia se ejecutará en el acto.

—¡Por favor! —chilló angustiado el reo—. ¡Yo no quería hacer aquello! Solamente trataba de proporcionarme unos «sejenes» para comer; fui expulsado de la Guardia de la Suprema Inteligencia y tenía hambre. El conductor se resistió...

—Cumpliendo con su deber, naturalmente —arguyó el juez—, Y tú lo mataste. ¡Guardias, haced que se cumpla la sentencia!

—¡No! ¡No! —gritó el condenado, en el paroxismo del terror—. ¡No quiero morir desintegrado...!

Los soldados fueron a cogerle por los brazos, pero de repente, Birdos Ran saltó hacia delante, precipitándose sobre la enorme mesa de cemento vítreo. Su acción cogió desprevenido a todo el mundo.

Se arrojó sobre el presidente del tribunal. Los guardias vacilaron un momento, a pesar de que tenían sus pistolas en la mano; disparar con ellas habría sido causar más muertes de las necesarias, y por ello, el gesto de Birdos Ran les sumió en un mar de confusiones.

Instantáneamente, Helos se aprovechó de la situación.

Al entrar en el tribunal, cerrada ya la puerta de acero, seguros de él, como de todo acusado que allí penetraba, los guardias le habían despojado de sus esposas. Por un segundo descuidaron su vigilancia.

Revolviéndose contra el que tenía más inmediato, le clavó el pie en un costado. El soldado cayó al suelo lanzando feroces aullidos de dolor.

Helos estaba encima de él y de un fuerte derechazo lo arrancó del suelo, enviándolo instantáneamente al país de los sueños.

En el mismo momento, su pistola pasó a manos de Helos. Éste corrió hacia la puerta, soltando descarga tras descarga, en dirección a uno de los lados, aquél en que se hallaba la cerradura automática. Tenía la intención de disolver el muro y luego intentar la huida.

Pero, a pesar de que a cada disparo un profundo hoyo semiesférico se abría en la pared y en el fortísimo acero de la puerta, no consiguió nada práctico; habría necesitado un cañón desintegrante contra masas en lugar de aquella pistola, eficaz únicamente para personas y objetos de menor cuantía.

Se volvió, desesperado, dándose cuenta de que no tenía escape. Vio que los guardias forcejeaban con Birdos Ran, tratando de reducirle a la impotencia, y luego vio también que otros soldados trataban de

rodearle para quitarle el arma, sin osar enfrentarse con él directamente; temían demasiado a la pistola.

Se apoyó contra el muro, jadeante, apercibiéndose de que, prácticamente, había llegado su última hora.

—No moriré solo —dijo; pero apenas si lo oyó nadie más que él, y alzó la pistola.

Los guardias retrocedieron unos pasos, atemorizados. Todos, a excepción del que desarmara, tenían sus respectivas desintegrantes, pero ninguno de ellos quería ser el primero en intervenir; no era nada agradable convertirse en un poquito de humo una vez recibido el disparo desintegrador.

Helos se echó a reír, dándose cuenta de que, al fin, habían logrado reducir a Birdos Ran a la impotencia. El condenado chillaba y espumajeaba, pero aquellos gestos eran completamente inútiles.

—¿Qué? —exclamó—. ¿No os atrevéis a acercaros?

Movió la pistola en abanico, y cada vez que uno de los guardias era encañonado daba un pueril paso atrás, Luego dirigió la mira del arma hacia el descompuesto tribunal y sus miembros, con completa unanimidad, se zambulleron detrás de sus sillones. Pero el otro hombre, el de los brazos cruzados, continuó en la misma postura, sonriendo indolentemente, como si todo aquello no fuera con él.

Al fin, el oficial que fuera encargado de su custodia por Rethar se atrevió, tragando mucha saliva, a dar unos pasos hacia él. Se quedó clavado en el suelo cuando la pistola de Helos le apuntó rectamente al vientre.

—¡Quieto ahí, esbirro!

La nuez del oficial subió y bajó espasmódicamente. Casi temía menos al disparo desintegrador que a la cólera de Rethar. Si sabía de su negligencia...

—Entrégate —dijo con voz no muy segura—; es una tontería lo que estás haciendo. No puedes salir de aquí y tú bien lo sabes.

—Puedo mataros a todos —gruñó Helos.

—Sí; pero, ¿qué conseguirías con ello? ¿Acaso salvar tu vida? No; la puerta exterior está demasiado bien guardada y uno u otro acabaría por matarte.

Helos se encogió de hombros abruptamente.

—¿Y qué me importa a mí todo eso? Si he de morir...

Se dio cuenta repentinamente de que el hombre de burlona expresión había sacado una especie de cajita plana de su bolsillo, en la cual estaba manipulando distraídamente al parecer. Esto alarmó a Helos.

Quiso encararle la pistola, pero en aquel momento el arma le voló de las manos, yendo a parar a las del otro. Helos rugió de cólera al darse cuenta de la artimaña, pero ya era tarde; el oficial saltaba hacia

él y descargó el cañón del arma, sobre su frente, con toda su fuerza, furioso por la rebelde actitud del condenado.

Casi perdido el conocimiento, Helos se encontró repentinamente en el suelo, Los dos guardias que le escoltaran lo levantaron en vilo y sin que él pudiera ya ofrecer ninguna resistencia, lo arrastraron hacia la máquina de desintegrar.

Arreglándose las ropas, procurando poner en ellas y en su rostro algo de la compostura perdida, el presidente del tribunal se puso en pie.

—¡Desintegradlos! ¡Juntos a los dos! —aulló lívido de ira.

Birdos Ran ya estaba dentro de la cámara transparente. Helos fue llevado hacia ella, pero en el momento en que iba a entrar, sus custodios se detuvieron.

—¡Alto! —dijo el hombre misterioso, y se inclinó hacia los jueces.

Helos no lo vio, ni tampoco oyó nada, porque la conversación se desarrolló en voz baja. Sin embargo, el diálogo no tuvo nada amable, aunque al fin prevaleció la opinión del que hacía de espectador.

—Primero Birdos; después Helos —gruñó descontento el presidente.

La pesada puerta de la transparente cámara se erró con seco chasquido. Birdos, enloquecido, con los ojos fuera de las órbitas, golpeó furioso una de las vítreas paredes con los puños, sin que sus desesperados gritos pudieras oírse.

Uno de los guardias se encaminó bacía la pared, en la cual, en medio de un círculo negro, se veía un botón escarlata. Apoyó en él su índice y miró hacia el juez.

Éste asintió con un gesto de su cabeza. El ejecutor hundió el botón.

Instantáneamente se produjo un deslumbrador fogonazo dentro de la cámara, seguido casi al momento de una nube de humo verde que llenó todo el espacio en contados segundos.

Durante un poco de tiempo, la nube se agitó como si en su interior se estuviera produciendo un diminuto ciclón. Millares de dorados puntitos luminosos aparecían y desaparecían, agitándose en una frenética y enloquecedora danza, la cual cesó cuando, unos treinta segundos más tarde, un potente aspirador arrastró aquel humo, dejando aquel cajón de cristal como si no hubiera habido nada jamás dentro de él.

—¡Ahora el otro! —ordenó el juez, y Helos fue precipitado, de un fuerte empujón, al interior de la cámara.

Se puso en pie; no quería morir en otra postura.

Sabía que sus gritos no serían oídos, pero sí vistos sus gestos; por lo tanto; decidido a caer con altivez, abombó el pecho, cruzando los brazos encima del mismo. El ejecutor puso de nuevo el índice sobre el fatídico botón rojo.

El juez consultó con la mirada al hombre de la cínica expresión; éste asintió y el juez agitó la mano. El verdugo lanzó el botón a fondo.

En el mismo momento, Helos dedicó su último pensamiento a Belya, su amada. Luego se sintió envuelto por un colosal estallido de luz, que le causaba una intolerable sensación de calor y ahogo. Misiones de candentes agujas le perforaron la piel; el suelo le pareció huir bajo sus pies y la cabeza le estalló. Entonces ya no sintió nada.

Cuando el humo fue arrastrado por el aspirador por segunda vez, el misterioso personaje se puso en pie.

—Has sido muy considerado al atender mi petición, Judh —exclamó, dirigiéndose al presidente del tribunal.

Éste, que también se había puesto en pie, se inclinó respetuosamente:

—Cualquier sugerencia que me hagas es una orden para mí, Tyflos.

—Gracias de nuevo, Judh. Creo —y el llamado Tyflos se acarició el mentón pensativamente— que el haber presenciado estas ejecuciones me servirá de mucho para, conseguir hallar un arma antidesintegrante. Si lo consigo, te mencionaré en mi informe.

—Ello será para mí un señaladísimo honor, Tyflos.

—No lo dudo, Judh. Y ahora haz que uno de tus hombres me acompañe hasta la salida; podría ponerme algún inconveniente la guardia.

* * *

Rethar estaba encerrado en su habitación, paseándose por ella como un león enjaulado.

No sabía qué hacer; conocía demasiado bien a su hija y temía que ésta, en un acceso de locura, se quitase la vida, incluso a pesar de la vigilancia que sobra ella había ordenado ejercer. Pero el hecho de que Belya Hubiera insistido tercamente en sus propósitos le tenía hondamente preocupado, pues el duro Rethar, el presidente del Supremo Gobierno de las Dos Mitades, el implacable, el insensible, tenía una debilidad únicamente y esta debilidad era precisamente su hija.

Maldijo abundantemente en tanto que continuaba sus desquiciados paseos. ¡Enamorarse de un Mitad Noche y, por añadidura, un hombre sin el menor rastro de nobleza en su ascendencia! Un hombre listo, sí, inteligente, capaz de escalar los primeros puestos, pero en la actualidad un joven impulsivo y alocado simplemente, cuya primordial característica era el ímpetu juvenil de sus veinte y pocos años.

—¿En la actualidad? —se preguntó a sí mismo.

Rethar se detuvo. Una mueca que más quería parecerse a una sonrisa distendió sus delgados labios.

—Ya no hay actualidad para él —murmuró y, atravesando a paso de carga la estancia, se dirigió hacia un viso teléfono que tenia instalado sobre una mesita.

Oprimió una clavija y al instante un rostro, con los párpados caídos, apareció ante él.

—¿Qué deseas, Suprema Inteligencia?

—Ponme con la Sala de justicia.

—Sí, señor; al momento.

Cinco segundos más tarde, el rostro de Judh, igualmente con los ojos bajados, aparecía en el rectángulo de vidrio deslustrado.

—Suprema Inteligencia, tu humilde servidor escucha.

—¿Qué ha sido de Helos, el prisionero de Mitad Noche?

—Señor, todavía no hace ni diez minutos que se ha convertido en humo.

—¿Estás seguro de ello?

—Señor, mi vida responde de tal afirmación; presencié su ejecución personalmente,

—Está bien; gracias, Judh —y la mano de Rethar, oprimiendo el botón, cortó la transmisión.

Una sonrisa de triunfo apareció en sus labios.

—Belya es joven —dijo en apagado auto coloquio—; todavía no ha cumplido los diecinueve años, y a esa edad, los males de amor se curan pronto. Bueno, si no le gusta ese idiota de Wuzatt, que lo haga con otro. ¡Pero que sea de Mitad Luz! —terminó Rethar salvajemente.

Volvió repentinamente junto al visoteléfono. Pero ahora, en lugar de pedir la comunicación, la estableció él directamente. El rostro de una mujer de media edad apareció muy pronto en la pantalla.

—¿Cómo está mi hija, Pesha?

—Perfectamente, Suprema Inteligencia; duerme con toda tranquilidad. Le hemos dado unas tabletas de somnífero...

—Está bien, está bien, Pesha, Sin embargo, lo que me preocupa es su despertar. Dijo que Iba a atentar contra su vida.

—Lo sabemos, señor.

—Mejor, así procuraréis que no se haga nada mañana;, de cualquier daño que se infligiera a sí misma os haría responsables a vosotras.

—Descuida, señor; confía en nosotras.

Rethar apenas si durmió aquella noche. Sus problemas particulares le agobiaban y acogió la llegada del nuevo día con un profundo suspiro de alivio,

Estaba desayunándose cuando alguien pidió permiso para entrar.

Zoab, su ministro de Relaciones, se presentó ante él.

—Suprema Inteligencia, una delegación de Mitad Noche pide audiencia.

La mano de Rethar estaba muy ocupada pelando una extraña fruta amarillenta y alargada, de blanco contenido.

—¿Qué quieren esos salvajes? —preguntó con indiferencia.

—Ya te lo dije, señor: verte a ti.

—Que compren uno de mis retratos. A dos selenes los tienen en cualquier tienda.

Zoab no hizo caso del duro sarcasmo. Insistió:

—Quieren verte… «en persona», señor.

Rethar arrojó el cuchillo con el que había estado pelando la fruta sobre la mesa. Luego metió las manos en un aguamanil y se las enjuagó con una corriente de aire caliente que salía por un orificio abierto en la misma mesa.

—Está, bien —refunfuñó—; que pasen al salón. Dispongámonos a soportar una hora de estupideces.

—Creo que no es ninguna estupidez lo que ahora traen entre manos, señor —dijo suavemente Zoab, dando media vuelta y encaminándose hacia la antesala.

CAPITULO IV

LOS remolinos de puntos dorados estaban dispersos, girando en el espacio con velocidades inconcebibles, pero todos ellos lo hacían alrededor de un punto, concentrándose al mismo tiempo en torno a éste, Y cuando todas aquellas chispas de oro se hubieron reunido en una sola, de deslumbrante fulgor, Helos recobró el conocimiento.

Durante unos momentos permaneció con los ojos cerrados; no se atrevía a abrirlos, temeroso de hallarse todavía en la cámara de ejecuciones.

Al fin, con un profundo suspiro, en el que no estaba excluido el temor, levantó los párpados; casi instantáneamente trató de incorporarse apoyándose sobre uno de los codos.

Paseó su estupefacta mirada por la habitación en que se encontraba. ¿Vivía y soñaba o, por el contrario, había muerto y se hallaba ahora en el otro lado de la definitiva barrera?

La habitación era de tipo corriente; unos muebles funcionales, dedicados únicamente para el fin a que habían sido creados y entre ellos un aparato de televisión empotrado en la pared y que no era intercomunicador, sino recreativo. Sobre la mesa que había en el centro vio un repleto frutero y, sintiendo un instintivo apetito, se levantó y fue hacia allí.

No notó absolutamente nada; sus piernas estaban tan Armes como si acabara de levantarse de un sueño normal, sin la menor debilidad en su musculatura. Comió con avidez, casi con ansia.

De momento prefirió no pensar en nada de lo que le había ocurrido; todavía no estaba muy seguro de si vivía o había muerto. Pero de que sí había sido ejecutado en la cámara desintegrante, de ello no le cabía la menor duda.

¿Habría sufrido algún oportuno desperfecto la máquina desintegradora y le habían transportado allí en espera de su reparación, para luego continuar la interrumpida ejecución? En todo caso, ello podría explicar la momentánea pérdida del conocimiento que había sufrido, durante la cual habría sido trasladado a la cámara en que actualmente se encontraba.

Estaba terminando de comer y empezando a divagar, cuando de pronto sintió ruido de pasos a su espalda.

Se volvió con ágil salto, buscando con la vista algún arma con la que defenderse. No le hacía falta, empero.

Reconoció instantáneamente a la persona que se le aproximaba sonriendo; la expresión de su cara era imborrable e inconfundible, por

mucho tiempo que transcurriera.

Sin embargo, Helos permaneció a la expectativa; si él no tenía armas, su visitante tampoco parecía llevarlas y, en una lucha mano a mano, la mayoría de probabilidades estarían a su favor. Asió el borde de la mesa con dedos nerviosos.

—No te asustes —dijo el recién llegado sin perder su característica sonrisa ni por un momento—; no pienso hacerte el menor daño.

—No estoy muy seguro de ello —contestó Helos hoscamente, dándose cuenta de que su interlocutor era de mediana edad y que en su mirada se advertía una agudísima chispa de inteligencia.

—Me llamo Tyflos —dijo el recién llegado, acercándose al frutero y tomando indiferentemente unos granos de uva—. Llámame tú también así, Helos.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué estoy aquí? —inquirió el joven secamente.

—Preguntas demasiado rápido, mi joven e impulsivo amigo...

—¡Yo no soy amigo de ningún habitante de Mitad Luz!

Sin mirarle, Tyflos dijo irónicamente:

— ¿Tampoco de una hermosa joven llamada Belya?

Al oír estas palabras, la sangre se agolpó en el rostro de Helos.

—¿Qué. dices? Repite eso otra vez y te juro...

Avanzó unos pasos hacia Tyflos, pero éste le detuvo con un ademán. Se limpió cuidadosamente los dedos con una, blanquísima servilleta y luego se encaró con el joven.

—Antes te llamé mi amigo, y lo dije a conciencia de que un día u otro lo serás. Quizá dentro de pocos minutos, cuando sepas por qué estás aquí.

—Yo no estoy vivo: yo he muerto, Tyflos. Tú estabas en la cámara de ejecuciones y pudiste ver cómo me desintegraban.

—Sí..., sí, claro. Te vi convertirte en humo; y antes que a ti vi a Birdos Ran. Un humo de un precioso color verde, con unas bellísimas chispitas de luz. Realmente, un cuadro encantador, de inigualable hermosura, ¿eh, Helos?

—No lo sé; yo no encuentro nada bonito en la ejecución de un hombre, y menos cuando éste es inocente.

—Birdos Ran había matado a un piloto del correo.

—Yo no hablo de Birdos Ran, sino de mí.

—Tampoco tú eres inocente, Helos.

El joven miró a su interlocutor con ira

—¿Por qué? —inquirió secamente.

—Ya conoces la ley, ¿no? Ningún varón de Mitad Noche puede requerir de amores a una doncella de Mitad Luz so pena de sufrir el máximo castigo. Y si a ello añadimos que la doncella requerida es la hija del propio Rethar, pues...

—Es una ley bárbara, injusta, inhumana…

—Conforme, mi impulsivo Helos; pero ¿qué puedo yo hacer para derogarla? Ni siquiera tengo una hija que ofrecerte en matrimonio y así dar el primer paso para tal abolición.

—Tampoco me casaría con ella, Tyflos —murmuró con hosco aventó el joven, y el otro se echó a reír.

—No me lo jures, Helos; esa Belya se te metió en el corazón y no hay quien la saque de allí, ¿verdad?

Helos no contestó de momento. Luego, tras una breve pausa, inquirió:

—¿Por qué estoy aquí?

—Por una razón muy sencilla, amiguito: porque fui yo quien te traje.

Los ojos de Helos se abrieron desmesuradamente.

— ¡No! —exclamó.

Pero Tyflos movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí —dijo, afirmándolo rotundamente—; yo te traje aquí, aun cuando tú no quieras creerlo.

—¡Es imposible, imposible! —murmuró Helos, estupefacto, aturdido por la estupenda revelación que acababan de hacerle—. Pero ¿cómo pudiste hacerlo? ¿Sobornando, acaso a los jueces? No, no es así…, porque yo ya estaba dentro de la desintegradora y vi claramente con mis propios ojos cómo el ejecutor apretaba el botón rojo…

—Todo eso es muy cierto —contestó tranquilamente Tyflos, sentándose en el borde de la mesa—; yo no soborné a los jueces, pues hay una cosa que un juez aprecia más que un millón de selenes, y es su propia cabeza; y el verdugo apretó el botón rojo y tú fuiste desintegrado.

Helos miró a su interlocutor como si éste estuviera loco. Tyflos rio brevemente.

—No —continuó, adivinando los pensamientos del otro—, no estoy loco. Tú fuiste desintegrado, y yo te traje aquí.

—Pero ¿cómo? —exclamó, balbuciente, Helos, que sentía su cabeza llena de mil contradictorios sentimientos que habían convertido sus ideas en un confuso maremágnum mental.

Tyflos se irguió, levantándose, con altivo orgullo.

—Tú has venido aquí, Helos, «porque yo té traje, átomo por átomo».

El joven retrocedió un paso; ahora más que nunca, creía hallarse en presencia de un tarado cerebral. Contempló a Tyflos casi con espanto.

Pero éste continuó, impertérrito:

—Ellos te desintegraron; yo, valga la frase, te volví a integrar. Tus átomos habían sido dispersos; yo los reuní.

—¿Quieres... decir... que... has... logrado... la... integración... de... la... materia...? —balbució Helos, sintiendo que un helado sudor le resbalaba a lo largo de la espina dorsal.

—Tú lo has dicho —contestó Tyflos, con justificado orgullo—; no hay frase que mejor exprese lo que yo, tras largos años de estudios y trabajos, he logrado conseguir.

Helos se miró de arriba abajo, palpándose el cuerpo, como si no creyera todavía que estaba vivo. Tyflos se echó a reír nuevamente.

—Sí —dijo—; vivo y bien vivo. Como si nada te hubiera pasado; como si, en lugar de haber sido ejecutado, te hubieras echado una tranquila y plácida siesta.

Helos se pasó la mano por la frente; le ardía. Pero siguió oyendo al impertérrito Tyflos.

—El otro tuvo peor suerte que tú; Birdos no sobrevivió al experimento. En realidad, ni siquiera llegó vivo. Lo integré nuevamente, pero el choque había sido demasiado fuerte para él, En cambio, tú...

—¿Cómo... lo... conseguiste...?

Tyflos sonrió.

—Ven conmigo —dijo únicamente, tomando del brazo a Helos.

Éste aturdido, se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

En lugar de encaminarse hacia la puerta de entrada, Tyflos se dirigió al lado opuesto, casi a la cabecera del lecho. Apoyó la mano en la pared e instantáneamente, todo un lado de ésta se hizo transparente. Luego aquel mamparo de grueso vidrio se descorrió silenciosamente a un lado.

—Ven —repitió Tyflos de nuevo, y los dos hombres penetraron en una estancia aún más grande que la que acababan de abandonar, en la cual había una infinidad de aparatos científicos cuya utilidad el joven no alcanzó a comprender sino en una parte muy pequeña,

De pronto se detuvo, atemorizado.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Tyflos, e instantáneamente se echó a reír al comprender las prevenciones del joven.

En el centro de la estancia había Un aparato idéntico al que él viera en la cámara de ejecuciones. Tyflos se lo aclaró con cuatro palabras.

—No temas; es casi idéntico y funciona de la misma manera que el otro, «sólo que al revés». Aquél desintegra, éste integra; tal es la diferencia, nada pequeña, por cierto, ¿verdad, Helos?

Al cabo de un momento de estuporoso silencio por parte del joven, éste se volvió hacia el sorprendente personaje:

—Pero ¿cómo pudiste hacerlo? Yo te vi allí, junto a los jueces. Y la máquina de integrar se debe manejar desde aquí...

—Cierto. Y también por control remoto.

—Sin embargo —observó Helos, que poco a poco se iba recuperando—, hace falta algún aparato…

—Lo tengo,

Una súbita chispa de luz apareció en la mente del joven.

—¡Ya está! Aquella cajita con la cual me arrebataste la pistola.

—Exacto. No tenía ganas de desaparecer hecho polvo por uno de tus proyectiles. Además sabía que mi aparato estaba ya a punto, y solamente le faltaban uno o dos experimentos reales para comprobar la bondad del mismo.

—Pero con Birdos Ran te falló.

—Ésa fue tu suerte —dijo fríamente Tyflos—; si él hubiera sido ejecutado después, viviría todavía en tu lugar, y tú serías ahora el muerto.

Helos se estremeció y tragó saliva instintivamente. Luego, casi sin atreverse a mirar a su colocutor, dijo:

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer ahora conmigo?

-—Pues… ¿tegustaría saber que nos encontramos sobre un suelo que está a punto de estallar, sin que puedas prever el momento exacto de la explosión?

—No te entiendo, Tyflos, para ser franco.

—Te diré la verdad —contestó el científico con un suspiro—. Nuestro mundo está demasiado civilizado…

—¿Acaso es un inconveniente? —le interrumpió el joven con feroz ironía,

—En nuestro caso… si, Helos. Estamos supercivilizados, y cuando un mundo se satura de ciencia y civilización, corre inevitablemente hacia su total destrucción; una destrucción definitiva, absoluta, sin posibilidad alguna de recuperación, antes al contrario, desapareciendo todo vestigio de vida animal y vegetal.

Halos miré a Tyflos con atónito estupor.

—No te creo —musitó.

El otro se encogió de hombros.

—Lo he calculado demasiado bien, Helos, y no soy hombre que se equivoque al calcular. Nuestro mundo está condenado a la muerte total.

—¿Quieres decir que… hará explosión como ese planeta que se ha convertido en pedazos que son ahora asteroides situados entre Marte y Júpiter?

Tyflos meneó la cabeza.

—No; creo que la cosa no llegará a tanto. La explosión del planeta que dices no se debió a causas humanas, sino más bien a feroces tensiones internas, en las cuales intervinieron principalmente enormes y opuestas gravitaciones. No, Helos, no; aquí no ocurrirá tal cosa; aunque, como te digo, todo signo de vida desaparecerá de nuestro

pequeño mundo, y éste se convertirá en un colosal pedrusco de forma esférica, vagando eternamente alrededor de la Tierra. Somos viejos, Helos, muy viejos, y cuando una raza se hace vieja, se encamina en derechura a su destrucción total.

—Pues yo me encuentro todavía de bastante buen ver —dijo Helos con irónico buen humor.

—No es eso, muchacho —contestó Tyflos, sin incomodarse—; al decir viejos, me refiero a nuestra, existencia como raza. Date cuenta, por ejemplo, de que la Tierra gira alrededor de su eje en unas veinticuatro horas; nosotros, por el contrario, lo hacemos en veintiocho días y ello porque, a la vez, giramos alrededor de la Tierra. ¿Qué quiere decir eso? Sencillamente, las diferentes fuerzas de atracción que pesan sobre nosotros, las de la Tierra y las del Sol principalmente han ido frenando paulatinamente nuestro movimiento de rotación, y ese —suspiró Tyflos— no ha sido cuestión de dos o trescientos años, sino de millones de ellos. Estamos condenados a desaparecer, y no hay solución posible para ello.

—Sí la hay; abandonar nuestro mundo —contestó apasionadamente el joven.

Pero Tyflos continuaba con sus pesimistas ideas, y ello, no obstante, sin perder su clásica sonrisa.

—No puedes ir a ninguna parte, Helos, fuera de nuestro sistema. Conocemos, sí, la navegación interplanetaria, pero no la interestelar, porque la potencia de nuestros aparatos es insuficiente para derribar la barrera de la luz, o sea sobrepasar los trescientos cincuenta mil kilómetros por segundo. Podríamos llegar a la Próxima del Centauro en cuatro años y pico, pero, ¿y después? ¿Qué sucedería? Quizás hallásemos un planeta semejante en tamaño y condiciones de vida al nuestro; sin embargo, también podría ocurrir que no lo encontrásemos, y entonces necesitaríamos toda una vida para buscarlo, sin tener la seguridad de dar con él. No, Helos, no; lo único que cabe en nuestro caso es...

Helos miró a su interlocutor con anhelo:

—Sigue, por favor; no te interrumpas,

Tyflos se enderezó..

—Tenemos que evitar a toda costa la guerra que está a punto de estallar.

—¿Guerra? ¿Con quién? —inquirió el joven extrañado.

—Entre las dos Mitades, muchacho. ¿Con quién te pensabas, pues?

De nuevo volvió Helos a pasarse la mano por la 'rente.

—Es absurdo, absurdo. Todo esto no tiene ni pies ni cabeza y, sin embargo... Pero, ¿cómo pueden echarse a guerrear los de Mitad Noche si carecen de armas nucleares? Sí serían, seríamos mejor dicho, barridos apenas intentáramos el menor gesto hostil; ya ha ocurrido

otras veces así; o al menos, eso es lo que nos cuenta la historia.

—La historia, Helos, no miente; dice la verdad. Pero no dice que esta mañana una comisión del Gobierno de Mitad Noche ha visitado a Rethar.

—¿A Rethar? ¿Y para qué?

—Para., poco menos que lanzar un ultimátum a Mitad Luz.

—¿Un ultimátum? ¡Están locos!

—Yo creo que no; un paso como el que han dado no es para hacerlo así, a la ligera, sino confiando en que se tiene algo con qué apoyar la intimación.

—Entonces...

—Vendrá la guerra total, nuclear, pero con nuevas armas, todavía no probadas ni experimentadas más que en el vacío estelar. Unos y otros no dejarán de usarlas, y entonces... ¡nuestro globo arderá como una pavesa, con todo cuanto hay sobre su superficie!

—Y... ¿qué podemos hacer nosotros para evitar tal cosa? —inquirió con desmayados acentos el joven.

—Verás; no se te habrá ocurrido pensar que si te traje aquí no fue solamente por satisfacer mi curiosidad científica, ¿verdad? ¿De qué me sirve integrar la materia una vez desintegrada?

—No lo entiendo —declaró francamente el joven.

—Te lo diré en dos palabras: tú tienes mucho prestigio en Mitad Noche, por un lado; por otra parte, amas y eres amado por Belya, la hija de Rethar. Esto quiere decir que no hay otro hombre que pueda emprender la tarea de evitar la guerra con mayores probabilidades que tú.

CAPITULO V

RELPH, Layos y Zulhan eran los nombres de los tres plenipotenciarios enviados por Mitad Noche, y los tres avanzaron con el mismo tranquilo paso hacia el sitio en donde, Rethar, acompañado de unos cuantos de sus secretarios, estaba sentado. Al pie de la breve grada cuatro soldados por lado, daban escolta a la máxima autoridad de Mitad Luz,

Rethar frunció el ceño; la altiva actitud de los emisarios no le gustaba ni poco ni mucho. Ordinariamente, su aspecto era humilde y temeroso; pero ahora no, Relph, Layos y Zulhan avanzaban resueltos y decididos, con la frente erguida y los ojos mirándole fijamente.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que os ha traído por aquí? —preguntó secamente.

En nombre de los tres, Relph tomó la palabra;

—Venimos a hacerte una petición a la cual esperamos que accedas.

—¿Una petición? —Rethar frunció el hirsuto ceño—. Esa es palabra nueva en un habitante de Mitad Noche; siempre se han considerado como muy satisfechos si nosotros accedíamos a darles algo de lo que nos sobraba.

—Precisamente para evitar que tal estado de cosas continúe es por lo que nosotros estamos aquí, Rethar.

—¡Estás loco, Relph! Te tolero tal insolencia en gracia a que, probablemente, no sabes lo que dices.

—No estoy loco, Rethar...

—¡Mi tratamiento es la primera vez de Suprema Inteligencia y las restantes de señor. Y tú lo has olvidado, Relph —gruñó, colérico, Rethar.

—No lo he olvidado —contestó impertérrito el aludido—; simplemente lo he suprimido.

Entre los acompañantes de Rethar hubo un pequeño revuelo, prontamente acallado por un gesto de la mano de aquél.

—Dejémosle, dejémosle —murmuró sarcástico—; que se meta él mismo en la cámara desintegrante,

—Aparte de que no harías tal cosa, Rethar —contestó Relph—, puesto que jamás se ha dado el caso de matar a unos enviados plenipotenciarios, no hemos venido aquí para discutir de nimiedades. Lo que nos trae es algo más importante, y deseamos exponértelo.

—Está bien —refunfuñó Rethar—; ¡adelante y no perdamos tiempo!

—Es cosa que se puede expresar con pocas palabras: simplemente

queremos que sean abolidas todas las leyes que establecen separación de beneficios entre los habitantes de ambas Mitades; que unos y otros sean absolutamente iguales en todo y que, en fin, en el Gobierno de nuestro mundo, haya también hombres de Mitad Noche en la misma proporción que los de Mitad Luz.

Durante unos minutos reinó en la sala el mayor silencio. Jamás, en toda la historia de aquel planeta se hablan oído allí tales frases. La insolencia que éstas representaban para quienes las habían escuchado dejó a Rethar y sus secretarios pegados, estupefactos, sin fuerzas apenas para reaccionar.

Pero Rethar no tardó mucho en salir de su estupor.

—¡Fuera! —aulló—.¡ ¡Fuera de aquí! Dad gracias a vuestro carácter de emisarios; de lo contrario, ordenaría que se os desintegrase aquí inmediatamente.

Pero Relph no se dejó amilanar por los gritos de su interlocutor.

—Estás en un error, Rethar —dijo—; no sabes lo que te dices, poseemos medios para obligarte al cumplimiento de lo que pedimos. Hora es ya de que, al cabo de miles de años, cese la opresión y la esclavitud de todo aquel que tiene la desgracia de nacer en Mitad Noche. Hora es ya de que todos seamos unos, con los mismos derechos y los mismos deberes, y que a nosotros nos sea concedido el acceso a vuestras fuentes del saber, herméticamente cerradas a nuestras inteligencias desde el principio de los siglos.

Inclinándose levemente, Rethar avanzó unos cuantos pasos sobre el estrado.

—Largo de aquí —sibiló— o haré que os encierren de por vida.

Relph lo miró de arriba abajo, sin disimular el odio y el desprecio que sentía por el hombre que tenía frente a sí.

—Está bien, Rethar, nos vamos. Sin embargo, ten en cuenta algo que no es una advertencia sino un ultimátum. Si dentro de una semana no hemos recibido contestación a lo que pedimos, entonces lo diremos de otra forma.

—¿Cómo? ¿Acaso traeréis bailarinas?

Relph miró a su interlocutor de arriba abajo con Infinito asco.

— ¡No! —exclamó—; nosotros no hablaremos; en nuestro lugar lo harán las armas.

Dio media vuelta y, seguido por sus dos compañeros, salió del salón, dejando tras sí unos cuantos hombres, más asombrados por las inusitadas palabras que acababan de oír que por la amenaza de guerra que había sido proferida.

Durante unos minutos, todos guardaron silencio. Luego, Rethar miró a su secretario de Asuntos Internos.

—Woo, convoca a reunión urgente al Consejo de Gobierno; hemos de discutir esta nueva situación planteada cuanto antes.

—Oir es obedecer, señor —contestó el aludido inclinándose.

* * *

Los nervios de Belya estaban ya a punto de estallar. Por todas partes a donde iba la seguía un soldado de la Guardia que con la mano constantemente en la culata de la pistola, la acompañaba a todas partes, sin darle un momento de respiro, sin quitarle le vista de encima. Su padre no había echado en saco roto las promesas de atentar contra su vida que había hecho la muchacha y la hacía escoltar constantemente, temiendo, dada su hereditaria testarudez, que acabaría por cumplir lo prometido.

Solamente había un lugar al que no entraba el guardia y eran sus habitaciones particulares, en las cuales había siempre una dama que la vigilaba con tanto cuidado como el soldado. Aquel estado de cosas iba a dar al traste con los nervios de la joven, si no terminaba pronto, aunque se decía que, en medio de todo, era ella quien tenía la culpa de lo que le estaba sucediendo. Pero, terca y pertinaz, no quería dar su brazo a torcer y así, como un castigo, tenía también a su padre soliviantado con sus propósitos a los cuales, al menos en la apariencia, había renunciado.

El soldado que la vigilaba en aquellos momentos durante su permanencia en el jardín fue relevado por un compañero, cosa de la que Belya no hizo el menor caso; era algo que sucedía de hora en hora. El recién llegado la hizo un profundo saludo, tan profundo como el del otro que se marchaba, satisfecho por haber concluido con tan monótona y exasperante labor y, de acuerdo con las órdenes recibidas, clavó sus ojos en el hermoso rostro de la muchacha.

Belya estaba sentada junto a un macizo de flores. Se sintió invadida de pronto por un sentimiento de ira y, arrojando al suelo la que tenía en la mano, se levantó.

Echó a andar presurosamente. El soldado dio media rígida vuelta y la siguió, acompasando su paso al de la joven. Ésta penetró en el palacio y subió las escaleras corriendo. El guardia también corría.

Así llegaron los dos muy pronto al piso donde estaban las habitaciones de Belya. Ésta abrió la puerta y luego se encaró con el soldado que se había plantado a dos pasos de ella.

—¡Atrás! —ordenó—. Tú no puedes entrar aquí.

Pero el soldado no la miraba a ella, sino al interior de la estancia, vacía a juzgar por lo que se veía a través de la puerta. De súbito, tomó el brazo de Belya y la empujó dentro, cerrando a continuación.

—¿Qué es esto...? —empezó la muchacha a preguntar, pero antes que pudiera continuar, el guardia empezó a hacer algo raro.

Se metió la mano en la boca y sacó dos almohadillas de goma, cosa que le hizo adelgazar instantáneamente el rostro. Luego tiró del bigote

y después de las espesas cejas, y solamente cuando el vigilante se hubo despojado de tales adminículos, Belya reconoció al hombre que tenía enfrente.

No obstante, se vio obligada a retroceder, muy a su pesar.

—No —dijo en voz baja—; no puede ser. Helos está muerto; lo desintegraron...

El joven extendió los brazos, apoyándolos en los brazos de ella.

—Estoy vivo, amor mío. Es cierto que me ejecutaron, pero... Bah, ¿qué importa eso ahora? Lo importante es que estoy junto a ti, mi vida.

—Estoy soñando sin duda —musitó Belya, incrédula todavía, pero el ardiente contacto de los labios del hombre la sacó de dudas. Cuando sus labios se separaron, apoyó feliz la cabecita en el ancho pechó del amado.

—Oh, Helos —murmuró—, no sé sí creer en la que me está ocurriendo o pensar que es un delicioso sueño del cual puedo despertar en cualquier momento. Dime que no es mentira, sino una venturosa realidad.

—¿No lo ves tú misma? —exclamó Helos con una nota de infinita ternura en la voz.

—¿Cómo has llegado hasta mí, Helos?

—Es muy largo de contar, cariño. Pero no solamente he venido a verte y decirte que estoy vivo, sino a hablar también de otras muchas cosas.

Belya levantó los ojos, con expresión de alarma.

—¿Qué ocurre, Helos?

—Algo muy grave, gravísimo, querida. Estamos a punto de perecer.

—Si es a tu lado, no me Importa, Helos —ronroneó ella feliz, como una gatita zalamera,

—Sí; pero no todos serán de tu opinión, Belya.

—¿Todos? ¿A qué «todos» te refieres, Helos?

—A cuantos habitan este mísero mundo, condenado imprescriptiblemente a su total destrucción.

—Eso no puede ser verdad..., amor mío.

Helos subió y bajó la cabeza varias veces.

—Sí: lo es, por más que te empeñes en negarlo. Una guerra horrible está a punto de estallar entre los habitantes de las dos Mitades. Las armas más perfeccionadas se utilizarán sin importar cuáles puedan ser sus ulteriores efectos, y éstos no serán otros que la destrucción de toda clase de vida sobre la superficie de nuestro globo.

—¡Helos, me asustas!

—Ojalá fuera sólo eso: un susto. Pero, desgraciadamente, cuanto estoy diciendo es verdad. Hace muy posas horas que una comisión de

Mitad Noche visitó a tu padre para pedir igualdad de derechos con los de Mitad Luz. Se ha negado y esto no significa más que una cosa: «¡la guerra!»

—¿Y… y no puede hacerse nada por evitarlo, Helos? —inquirió temblorosa la joven.

—Para eso estoy yo aquí, cariño. Tú y yo podemos hacer algo. Tú influyendo cerca de tu padre; yo en el Consejo de Gobierno de Mitad Noche. Si ninguno de los dos conseguimos nada… —y Helos dejó, con pesimismo, inconclusa su última frase.

—¿Y debo ver a mi padre, Helos?

—Sí.

—Ahora está reunido con todo su Gobierno.

—¿Lo ves? Están tratando del ultimátum recibido; no hay duda alguna.

—Pero ahora no querría recibirme —objetó Belya débilmente.

—No te pido que vayas ahora a verle; de sobra sé que no te dejarían entrar. Sin embargo, puedes hablarle apenas haya terminado el consejo. Dile lo que yo te he dicho: que una guerra nos llevará a todos, culpables e inocentes, viejos y jóvenes, mujeres y niños, a la muerte segura, a convertir nuestro mundo en un frío erial, sin aire y sin agua, lleno de hoyos colosales y cráteres gigantescos… Dila todo eso y que en sus manos está el evitar tan tenebroso porvenir; tan sólo con algunas concesiones a los de Mitad Noche podría lograrse evitar la ruptura de un equilibrio ahora harto inestable.

—¿Y… si me pregunta por qué medios ha llegado a mis oídos tal Información?

—No le contestes; dile que es lo que se susurra y se comenta entre toda la población; ello le atemorizará, sin duda alguna.

—Está bien, Helos; pero, ¿qué harás tú mientras?

—Volveré a disfrazarme el rostro, y tú harás que me dejen tu coche privado. Al ver las insignias en sus costados, nadie le detendrá y en pocas horas llegaré a la capital de Mitad Noche para continuar mi misión.

—¿Y ya no te veré más?

Helos sonrió, pasando sus brazos por sobre los esbeltos hombros de la joven.

—Sí, mi vida; me verás, y los dos viviremos juntos toda una eternidad de dicha. Triunfaremos en nuestra misión, y cuando todo se haya pacificado…

Unas voces excitadas se oyeron de pronto en el corredor. Pasos ruidosos resonaron al mismo tiempo.

—¡La ronda! —exclamó aterrado Helos, pues, en medio de todo, se había olvidado del papel que estaba representando.

Se colocó rápidamente los aditamentos postizos que le

desfiguraban el rostro y se precipitó hacia la puerta.

Salió al corredor en el mismo momento en que un oficial hacía su aparición seguido de cuatro soldados. El oficial se le arrojó furioso.

—¿Dónde estabas? Abandonaste tu puesto; ¿te das cuenta de lo que representa para ti el olvido de la consigna que se te ha dado?

Afortunadamente para Helos, no se habían dado cuenta de que salía del cuarto de Belya; lo cual, si bien le hubiera podido salvar momentáneamente, en cambio habría sido bastante comprometedor para la muchacha, y él estaba resuelto a no delatarla. Por su parte, Belya, con el corazón angustiado escuchaba atentamente al otro lado de la puerta,

—Lo siento —Helos simuló confusión—; tuve necesidad de...

—¡No hay necesidad que valga! —vociferó el oficial, el cual estaba lívido de miedo por si se descubría aquella falta de uno de sus hombres. A él también podía costarle caro.

Se volvió hacia ¡os restantes:

—IArrestadlo! Que quede bajo vigilancia hasta que yo decida lo que se ha de hacer.

Helos dio un paso atrás. Aquella era una complicación con la cual no había contado. Su superior se dio cuenta del gesto.

—¡Ah!, ¿conque opones resistencia? Muy bien, peor para ti. Entrégame el arma, y no intentes nada porque, al primer gesto, dispararemos contra ti sin compasión.

Helos maldijo abundantemente en su interior. Pero en aquel momento se abrió la puerta.

—¿Qué ocurre, teniente? —preguntó Belya, envuelta en una bata de flotantes velos.

El aludido saludó profundamente.

—Señora, este soldado abandonó el servicio que tenía encomendado. Me veo, pues, en la precisión de arrestarle.

—¿Tan grave es el asunto?

—Sí, señora; hemos recibido órdenes severísimas de tu padre y el quebrantarlas entraña consigo un terrible castigo.

—Está bien; déjalo en paz. Quizá...

Pero el oficial se mantenía en sus trece:

—Lo siento, señora. En el presente caso.

Belya avanzó orgullosamente la barbilla, de delicado trazo:

—¿Te das cuenta, insolente, con quién estás hablando?

El teniente palideció, pero continuó firme:

—Dispénsame. Lamento infinito ofenderte, pero he de cumplir con mi deber. Me costaría el cargo sí accediera a tus pretensiones.

—Yo hablaré a mi padre, no temas.

—Tu padre, señora, es absolutamente rígido en cuestiones de disciplina y desaprobaría tu intervención y mi conducta. Nuevamente

te digo que lo siento. ¡Guardias, arrestadle!

Los soldados se arrojaron sobre Helos, pero éste no se hallaba dispuesto a entregarse como un manso cordero. No sabía qué le pedía ocurrir, pero sí que lo menos que podía esperar era que le descubriesen, en cuyo caso el secreto tan celosamente guardado por Tyflos, él y su amada habría dejado de serlo. En consecuencia, se dispuso a repeler el ataque.

Lo primero que hizo fue dejar que los soldados llegasen a su altura. Así, juntos, no dispararían sus pistolas por temor de desintegrarse unos a otros, cosa qué le convenía en extremo.

Cuando los cuatro soldados se le echaron encima, levantó el pie.

Uno de los guardias rodó por el suelo, desinteresado en absoluto de toda lucha, lanzando feroces aullidos en tanto que se llevaba las manos a la región tan duramente castigada. Otro se desplomó como un saco cuando la culata de la desintegradora le cayó sobre la frente, y un tercero siguió el mismo camino.

Pero el cuarto consiguió sujetar a Helos por ambos brazos, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Ayúdame, teniente!

El oficial, saliendo del estupor que le había producido el que, en menos de un minuto tres de sus hombres hubieran sido puestos fuera de combate, se arrojó sobre la pareja de contendientes. En aquel momento, con una fuerte sacudida, Helos conseguía liberarse de su enemigo.

El oficial, dándose cuenta del acto, sacó su pistola y la encañonó sobre Helos, con una torcida sonrisa.

—Desobediencia y resistencia, he aquí dos cosas que justifican lo que voy a hacer inmediatamente. Y nadie me hará el menor reproche.

Helos se vio perdido. Podía saltar hasta el oficial, en un último y desesperado gesto, pero no lograría llegar a tiempo; antes desaparecería en una nube de color verdoso, convertido en átomos por él proyectil. ¡Y éste salió!

Abrió un profundo hoyo a espaldas de Helos, en el muro, porque en el mismo momento, Belya, sin pronunciar un solo sonido, se le había acercado por detrás, dándole un fuerte empujón lateral. El teniente trastabilló, vaciló y luego intentó recuperar el equilibrio.

Fue todo ya en vano, porque Helos estaba sobre él. Sujetándole férreamente la muñeca armada, con su mano izquierda, disparó cerrada la derecha, golpeándole el mentón con terrible dureza. El oficial puso los ojos en blanco y se desplomó como un saco.

De los otros soldados, había dos que todavía conservaban el conocimiento, pero que, al ver a la hija de Rethar intervenir a favor de su rebelde compañero, no se atrevieron a mover una pestaña siquiera. Helos, prudentemente, los encañonó, retirándose poco a poco, en

tanto que hablaba con la muchacha.

—Belya, ¿dónde está tu coche?

—En el sótano; en mi cochera privada,

—¿Cómo podré llegar hasta allí? No conozco el camino.

La muchacha se mordió los labios; inexplicablemente, su dama de servicio la había dejado sola, pero era evidente que podía volver de un momento a otro. Por lo tanto, no podía acompañarle.

Sin embargo, dio muy pronto con la idea salvadora. Se quitó un anillo en el cual habla una pesada piedra y dijo, con los ojos brillantes por la excitación:

— ¡Toma, Helos! Esto te abrirá todas las puertas. Enséñaselo al jefe de transportes y dile que te envío yo para mi servicio. Igualmente puedes hacerlo con cualquiera que te tropieces; el sello de Rethar proporciona obediencia absoluta a quien lo lleva.

—Pero... ¿no se les ocurrirá pensar que es muy extraño que un soldado no sepa dónde están las cocheras?

—Y a ti, ¿no se te ha ocurrido pensar que también hay soldados novatos, conocidos por el vulgar nombre de reclutas? —dijo ella picarescamente.

Los ojos de Helos se iluminaron. Dio un paso hacia ella, con intención de besarla, pero dándose cuenta de que tenía que representar su papel, hubo de limitarse a un profundo saludo, no tanto como la apasionada mirada que le dirigió.

CAPITULO VI

CON decisión, Helos alargó su mano derecha de modo que se viera bien su anillo y dijo secamente al soñoliento guardián de las cocheras:

—Servicio de Belya.

—¿Qué es lo que quieres? —Dame su coche; lo necesito— conminó Helos con acento ligeramente brusco.

El guardián lo miró suspicazmente, pero acabó por acceder. Señaló con indolente pulgar hacia su- espalda.

—Ahí lo tienes; cógelo tú mismo.

Helos no vaciló. Caminó con perfecta naturalidad hacia el diminuto vehículo, capaz apenas para dos personas y se sentó en su interior. Manipuló en los mandos y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Contacto con la electropista! —pidió. - El guardián se acercó renqueando a la pared y pulsó un par de botones; instantáneamente, el joven sintió una blanda vacilación en el vehículo al mismo tiempo que éste se suspendía a unos cuarenta centímetros del suelo

Dio marcha adelante y el coche salió del edificio, ganando velocidad poco a poco; Helos se dijo que tenía que ejecutar todos sus actos con perfecta naturalidad, con el fin da no infundir sospechas,

pero cuando se vio fuera del alcance de la vista del guardián, no se pudo contener y pisó el acelerador a fondo. El cochecillo pareció saltar hacia adelante y en contados minutos adquirió una terrible velocidad.

Por su parte, el encargado de las cocheras se quedó mirándolo con una expresión de desconcertada duda retratada en su rostro. No le parecía muy lógico el que la hija del presidente enviara a buscar a aquellas horas su coche, especialmente cuando corrían aquellos vagos rumores que él había oído acerca de sus tentativas de suicidio.

El guardián se estremeció. Si a Belya le ocurría algo, él sería de los primeros en pagar culpas ajenas, por haber dejado partir el coche, por mucho anillo con sello que le hubieran enseñado. No había quedado ninguna garanta escrita que salvaguardara su responsabilidad, y si venían mal dadas, aquel soldado podía muy bien esconder el anillo, con lo cual sería él quien respondiera con su pellejo de tal desaguisado.

Tras unos momentos de intensa y conturbada meditación, llegó a la conclusión de que lo mejor sería quitarse aquel peso de encima. Por lo tanto, se acercó al visoteléfono y pidió un número.

Diez minutos más tarde, un alarmado Secretario de Asuntos Internos se precipitaba en las habitaciones de Rethar. Éste, que se

disponía a acostarse, refunfuñó algo poco agradable para el recién llegado.

—¿Qué ocurre, Woo? —preguntó al cabo.

—Tu hija, Suprema Inteligencia —jadeó el otro.

—¿Mi hija? ¿Qué diablos le pasa a mi hija?

—Un. soldado,,, apareció en las cocheras... llevaba su anillo y pidió su coche... el encargado se lo dio...

—Bueno, ¿es que Bélya no puede salir a pasear?

—Señor, tu hija está durmiendo plácidamente en su habitación.

—Mejor para ella; la pobre está pasando unos días...

—Todavía hay más, señor; permítame que te lo explique.

—El soldado que cogió su coche... es el mismo que atacó a la patrulla de que formaba parte... Tu hija intervino a su favor, coartando la libertad de los soldados...

—No lo entiendo. ¿De qué patrulla me estás hablando? ¿Por qué Belya tiene que ponerse en el camino de los guardias? Vamos, Woo, Habla de una vez y déjate de rodeos.

El Secretario se armó de valor y empezó a contar todo lo ocurrido desde que Helos empezara a pelearse con sus compañeros, aunque, naturalmente, sin dar su nombre, puesto que lo desconocía. Pero al mismo tiempo empezó a temblar, ya que de sobra conocía los accesos de cólera de Rethar y la cuestión de la guardia de palacio le concernía a él.

Sin embargo, y contra sus prevenciones, no ocurrió nada de lo que esperaba. En tanto que hablaba, Rethar se frotó pensativamente la mandíbula, al mismo tiempo que se paseaba por la habitación. Cuando Woo hubo terminado, se volvió hacia él, apuntándole con el índice.

—De modo que esa soldado tiene ahora si cocha de Belya, ¿eh?

—Así es, señor.

—No lo creo, no puedo creerlo, pues sería demasiado, y más tratándose de mi propia hija. Sin embargo, uno, por más años que viva, no acaba de conocer a las mujeres y éstas son capaces de todo. Yo mandé ejecutar a su novio y ella es capaz de odiarme hasta el punto de haberse aliado con los de Mitad Noche.

Woo no se atrevió a decir que tales pensamientos ya habían acudido a su cerebro hacía ya rato, por lo que se limitó a asentir. Rethar preguntó súbitamente:

—¿Qué dirección lleva el coche?

—Pues... —vaciló Woo.

—¡Entérate, idiota! —bramó Rethar, empezando a perder la paciencia—. Es lo primero que deberías haber hecho.

—Sí... sí...—tartamudeó el atontado secretario.

Se arrojó sobre un intercomunicado? con pantalla visara y pidió los datos pertinentes al servicio de vigilancia.

Cinco minutos más tarde, se volvía hacia Rethar son la consternación pintada en su rostro.

—El coche de tu hija va ocupado por ese soldado...

—Ya lo sé; estoy harto de oírlo— le refunfuñó Rethar, de malísimo talante.

—...y camina por la tercera electropista, en dirección a Balbys, la quinta ciudad de Mitad Noche.

Rethar miró a su secretario, en tanto que se rascaba meditabundo, con harta falta de elegancia, una de sus orejas.

—De modo que a Balbys, ¿eh? —repitió meditabundo, y luego preguntó de repente—: ¿Cómo es que le han dejado salir de la capital?

—Señor... olvidas que ese soldado lleva el sello de tu hija. Es pasaporte suficiente para...

—En lo sucesivo, ese anillo no vale ni un selene. Haz que lo detengan por todos los medios y radia a todas las patrullas, terrestres, aéreas y espaciales que interfieran ese coche a toda costa.

—Sí, señor —contestó Woo, precipitándose de nuevo hacia el visoteléfono. Sin embargo, antes de hablar, se volvió—: Creo, señor, que hay un medio más seguro que las patrullas para detenerlo.

—¿Cuál es? —inquirió Retirar.

—Muy sencillo —exclamó Woo con la cara radiante a causa de la magnífica idea que se le había ocurrido—; cortar la energía en la electropista.

—¡Hum! —masculló Rethar—. Demasiado peligroso. Hay muchos vehículos circulando por ella; sobre todo de transporte, y si de pronto fallara la energía, los accidentes y los muertos y heridos serían incontables. Nunca sé ha hecho eso para detener a un criminal.

—Pero en este caso no es un criminal, sino quizá un conspirador.

—Tampoco interesa; la gente gruñiría y echaría pestes de nosotros, porque hacer tal cosa sería confesar nuestra incompetencia para detener a un solo hombre, aparte de las feroces indemnizaciones a que nos veríamos obligados a pagar por las destrucciones que ocasionáramos.

—Cuando el porvenir del mundo en que habitamos está en peligro...

—¡Tonterías, Woo! —bufó Rethar—-. Esos idiotas de Mitad Noche no son capaces de empuñar un simple mondadientes. Anda, haz lo que te he dicho.

—Señor, tú mandas —cedió Woo al fin—. Supongo que lo querrás vivo, ¿no?

—Supones bien —gruñó Rethar, paseándose nerviosamente por el dormitorio.

En aquellos momentos, Helos viajaba a la máxima velocidad permitida por la electropista, adelantando toda clase de vehículos,

desde los que eran iguales al que tripulaba, a los pesados de carga, cuyo tamaño sobrepasaba al suyo en quince o veinte veces al menos. La electropista tenía al menos treinta o cuarenta canales en el sentido que él llevaba, de modo que le resultaba fácil pasar de uno a otro, haciendo el oportuno salto con el enlazador automático, que impedía que el coche perdiera altura y, naturalmente, se estrellara contra el suelo, con las fatales consecuencias que aquello le habría podido suponer.

No se extrañó, pues, cuando las radios comenzaron a bramar dando su descripción y matrícula, así como las órdenes oportunas a todas las patrullas para su detención. Puesto que podía conducir con los pies, ya que únicamente necesitaba la mano izquierda para el salto de canal a canal, aprovechó un momento en que tenía un amplísimo espacio frente a él, vacío de todo otro vehículo, y sacó la pistola, preparándose para una defensa a ultranza.

Revisó el indicador de carga. Estaba al máximo, lo cual quería decir que tenía unos doscientos cincuenta disparos posibles. Y no estaba dispuesto a rendirse.

Se despojó de las cejas y bigote postizos, así como los trozos de blando plástico que le abultaban las mejillas, arrojándolos por la ventanilla. El violento desplazamiento del aire casi le arrancó la mano.

Conectó el detector de proximidad, dándole toda la distancia posible, de modo que alcanzara a dos o tres kilómetros de distancia cuando menos, y luego lo hizo enlazar con la pantalla de televisión instalada ante él en el tablero de mando. Apenas lo habla hecho, un puntito luminoso se dirigió en línea recta hacia él, aumentando con prodigiosa rapidez de tamaño.

—¡Entrégate! —le ordenaron secamente. Pero no hizo caso; lamentó no poder sacar más velocidad al cochecillo, y no se le ocurrió siquiera pensar cómo sus enemigos podrían haberse enterado tan rápidamente del hecho.

El patrullero se le arrojó encima con rapidez fulmínea. Helos sacó la mano por la ventanilla y apuntó cuidadosamente. Oprimió el gatillo cuando estuvo seguro de no desperdiciar el disparo.

El proyectil impactó directamente en el morro del patrullero. De no haber ido éste, a causa de su específica misión, fuertemente protegido, era indudable que habría desaparecido convertido en humo. Así, pues, el vehículo saltó y rebotó espantosamente, en tanto que, en su interior, sorprendidos sus ocupantes, volteaban convirtiéndose en un confuso revoltijo de piernas y brazos gesticulantes, con lo cual el patrullero se precipitó a tierra, estrellándose contra el suelo con horrísono fragor de hierros y vidrios rotos.

Salvado momentáneamente aquel obstáculo, Helos no se preocupó

siquiera de mirar atrás; toda su atención estaba concentrada en el camino que tenia ante sí.

A aquellas horas, el tránsito era muy reducido; por el lado opuesto de la electropista, de sentido inverso, apenas si circulaban algún que otro carguero de transporte, en tanto que por el suyo ocurría otro tanto. Helos sabía que la noticia de lo que había ocurrido no tardaría en extenderse y empezó a buscar el mejor medio de sacudirse su propio coche de encima.

Lo encontró diez minutos más adelante. Un coche caminaba con tranquilidad a un par de kilómetros más adelante, como si sus ocupantes no sintieran prisa, y el alcanzarlo fue cuestión de escasos segundos.

Moderó la marcha poco antes de llegar a su altura; cuando los dos vehículos estuvieron nivelados, miró a su izquierda.

Sonrió, dándose cuenta dé los motivos por los cuales el otro vehículo corría a tan poca velocidad. En su interior había una pareja de enamorados que se ocupaban más de su apasionado diálogo que de la marcha de su automóvil.

Lamentó el tener que sacarlos de su éxtasis, pero no tenía otro remedio. Sacó la pistola, encañonándoles de pronto.

—¡Paren su coche! —ordenó en tono perentorio.

La muchacha chilló, asustada. Su pareja masculló una interjección de grueso calibre, y Helos vio el gesto que hacía al tratar de pisar el acelerador.

—Mueva un dedo —gruñó—, y le volatilizo. Pare el automóvil, le he dicho.

Refunfuñando y echando pestes acerca de los inoportunos que estropeaban los idilios en su punto más culminante, el hombre obedeció.

—¡Bájense y no intenten nada, podría costarles muy caro!

La pareja obedeció, con las manos, en alto, terriblemente asustada ella y no tanto el hombre.

—Aléjense sin volver la cara —continuó Helos.

Los dos enamorados obedecieron, tremendamente asombrados al ver que era uno de los propios guardias de Rethar el que consumaba el robo.

Sin embargo, no se les ocurrió siquiera protestar, aun a sabiendas de que se hallaban a gran distancia del primer centro habitado. Solamente, tras la relativamente próxima curva del horizonte, lo cual era debido a la pequeñez de aquel mundo, se veía el difuso resplandor que producían las luces de Balbys, pero todavía estaba muy lejos la ciudad.

Helos también saltó al suelo. Separándose un poco, apuntó al coche con la pistola. Oprimió el gatillo e instantáneamente el tablero

de mandos se volatilizó. Otro disparo y el resto de los instrumentos quedaron convertidos en humo. El coche, falto entonces de su apoyo electromagnético, cayó pesadamente al suelo, con chirrido de metales abollados, quedando allí volcado a un lado.

Inmediatamente, Helos saltó al otro coche. Masculló algunas palabrotas acerca de lo presumidas que eran algunas personas, utilizando automóviles que, por fuera eran un cromo, por dentro eran un cascajo o poco menos, y hundió el acelerador a fondo. Aquel coche no daba ni la mitad de velocidad que el que había destrozado.

No obstante, siguió ganando terreno, aunque en ocasiones era sobrepasado por otros artefactos más veloces. Media hora más tarde, cuando el resplandor de Balbys era ya claramente perceptible en la lejanía, un patrullero se le echó encima con furiosa velocidad.

El coche se le puso delante y Helos se vio obligado a detenerse, mal de su agrado. Lamentó no haberse cambiado de ropas con el dueño del vehículo, pero era tarde ya para intentar otra cosa que no fuera buscar una argucia para salir de aquel atasco.

—Enséñenos el permiso de tránsito.

Helos miró al guardia, y luego empezó a buscar por el tablero de instrumentos. El permiso de tránsito era una tarjeta de liviano metal, en el cual constaba haber abonado los correspondientes derechos por la utilización de un mínimo determinado de energía, en aquel caso la que podía consumir su coche desde la capital de Mitad Luz a Balbys. Hurgó en el salpicadero y al fin dijo serenamente:

—Lo siento, guardia; no sé si me lo habré dejado...

—Entonces tendrá que acompañarnos; tenemos órdenes de revisar todas las documentaciones de los vehículos que transitan por la IIIª Electropista.

Helos se mordió los labios pensativamente. Volvió a mirar al guardia que estaba en pie, junto a la ventanilla. Su compañero, sentado en el patrullero contemplaba indiferente la escena,

—Está bien —dijo al fin—; iré con ustedes... ¡Aguarde un momento! Creo que he encontrado el permiso...

De repente metió la desintegrante bajo la nariz del guardia.

—¿Qué le parece este permiso? Levante las manos si no quiere que le tueste.

El guardia, asombrado y estupefacto, obedeció casi por puro instinto. Pero su compañero estaba algo más alejado y no se hallaba bajo la amenaza directa de la pistola; por lo tanto, sin vacilar un solo segundo, al ver que el otro era intimidado con una absoluta falta de cortesía, sacó su desintegradora.

Helos se dio cuenta con el rabillo del ojo de la acción del guardia. Con un rápido giro de muñeca, encaró el cañón de la suya hacia el patrullero y apretó el gatillo.

Hubo de repetir la acción varias veces; el guardia estaba protegido en parte por la superestructura del coche, y ésta resistió hasta que, al fin, un enorme boquete apareció en ella. Entonces, un proyectil alcanzó de lleno al guardia y lo disipó en humo instantáneamente.

Entretanto, el otro no se había estado quieto; también había sacado su pistola, pero Helos no le dio tiempo a utilizarla.

El disparo, a tan corta distancia, no podía fallar. Hubo un chispazo blanco amarillento, cegador, deslumbrante; luego una bola de verde gas, llena de agitadas chispitas de oro, y cuando la brisa se llevó el humo, del segundo guardia no quedaba tampoco el menor rastro.

Helos no lamentó aquellas muertes; los policías eran secuaces y esbirros de Rethar, elegidos tanto por su ferocidad como por su fidelidad y, aunque era la primera vez que tenía que ver directamente con ellos, había oído demasiadas historias acerca de su crueldad con los de Mitad Noche para que deplorara la desaparición de dos de ellos. Oprimió el acelerador, y dio al coche toda la marcha posible.

Una hora más tarde, frunció el ceño al advertir las imágenes reflejadas en el visor del salpicadero. Manejó el mando de aproximación telescópico y pronto pudo darse cuenta de que la entrada a Balbys por aquella parte estaba bloqueada por un imponente aparato de patrulleros de las fuerzas de Rethar,

Reduciendo marcha, meditó durante unos segundos acerca de lo que más le convenía. No tardó mucho en hallar la solución y detuvo totalmente el coche.

Alguien le chilló, por el transmisor, que se acercara, pero él no hizo caso; saltó al suelo y puso el vehículo en marcha, dándole toda la velocidad de que era capaz.

Un violento chorro de luz se precipitó sobre él, pero de un ágil salto, consiguió salirse de la electropista.

Dando una infinidad de vueltas, cayó por un terraplén lleno de frondosa vegetación, que le arañó toda la epidermis. Pronto se detuvo no obstante, y en el mismo momento, un cegador fogonazo, blanquísimo, estallante de luz, le indicó el completo éxito de su estratagema.

CAPITULO VII

EL panorama de Balbys visto desde el lugar en que se encontraba Helos era realmente deslumbrante. Centenares de potentes reflectores proporcionaban una colosal iluminación a la ciudad, sumida ahora en la noche de catorce días terrestres, noche que luego era substituida por un día de similar longitud.

Sin embargo, así como en aquel lado del pequeño mundo la noche tenía un real significado, en Mitad Luz sólo ocurría durante el breve crepúsculo de la Tierra, hasta que ésta se aparecía en todo su esplendor, arrojando sobre aquel globo una cantidad de luz cincuenta veces superior a la que recibía de éste, ambas reflejadas del Sol. Por tales razones, las Mitades habían recibido sus, nombres; porque mientras en Mitad Noche, cuando el sol, después de catorce días, se había puesto, la noche era absoluta, total, definitiva, solamente rota por la lejana y fría luz de las estrellas; en cambio, en el hemisferio opuesto, la noche no era tal, sino un vigoroso crepúsculo que permitía todas las actividades con un escaso suplemento de iluminación.

La ciudad era literalmente un ascua de fuego.

Torres altísimas, osadas edificaciones, electropistas enrollándose alrededor de los extravagantes rascacielos, trepando por ellos como enredaderas hasta centenares de metros de altura, infinidad de puentes que unían los edificios a distintos niveles y por los cuales circulaban las personas y los vehículos en cantidades increíbles, todo aquello era realmente un subyugador espectáculo para cualquiera que lo viera por primera vez, cosa que no ocurría precisamente con Helos.

Harto sabía lo que había hecho al lanzar el coche contra la barrera establecida por las fuerzas policíacas de Rethar. No solamente eran los coches de los guardias los que obstruían el paso, sino unas defensas de altísima potencia que cruzaban la electropista en sentido transversal para impedir así el paso de cualquier vehículo que no se detuviera ante sus intimaciones. La barrera eléctrica era cortada cuando se dejaba el paso libre a algún vehículo, pero Helos sabía que no ocurriría tal cosa con él; así, pues, su coche, lanzado a toda velocidad, contra la barrera, provocó un colosal cortocircuito que era el que había causado el enorme estampido de luz. Los motores del coche estallaron también y, como al mismo tiempo, la barrera eléctrica había establecido contacto con el canal de la electropista, los resultados no pudieron ser más desastrosos para quienes se hallaban en su inmediaciones.

Gritos y alaridos de dolor, miedo y espanto, se elevaron de entre

los guardias que allí había; una estremecedora serie de bruscos chispazos ametralló la obscuridad, y a favor de la terrible confusión que se había establecido con el accidente deliberadamente provocado, Helos se escabulló, sin soltar la pistola, firmemente empuñada, hacia la entrada de la ciudad.

El barullo era espantoso; no solamente su coche había sido devorado por el terrible potencial eléctrico desencadenado por el impacto, sino que varios patrulleros habían sido alcanzados y ardían ahora como simples pavesas. Oficiales y soldados rugían y se desgañitaban dando órdenes que nadie acataba y poniendo objeciones a las que nadie hacía caso. Varios cuerpos, convertidos en negros trozos de humeante carbón, yacían inanimados en el suelo.

La gente corría desaforadamente, asustada, chillona, y Helos se aprovechó de la situación para mezclarse con los fugitivos. Así entró en la ciudad y trescientos metros más allá de la IIIª Puerta, que era donde había ocurrido el siniestro, adoptó la tranquila actitud de un transeúnte de honrada conciencia.

Caminó durante un cuarto de hora hasta que, de pronto, con un indolente gesto, detuvo un coche.

—Llévame al palacio del Gobernador —dijo, y el conductor asintió, virando en redondo.

No intentó ocultar sus intenciones; nadie, suponiéndole ya ejecutado, le esperaría por allí, máxime cuando la persecución que se había desencadenado lo era contra un soldado cuyo rostro era absolutamente distinto del suyo: unas cejas espesas, un poblado bigote y unas redondas mejillas habían cambiado mucho su rostro, haciéndole perder la suavidad de sus formas, un tanto angulosas quizá, pero sin llegar a la escualidez.

El coche se metió por una, electropista que formaba Una inmensa espiral, circundando, a medida que ascendía, un colosal conjunto de edificio de brillantísimo aspecto, rutilantemente iluminados. Los diversos colores de los muros, ya brillantes de por sí, eran realzados por el tremendo derroche de luz, blanquísima, que sobre ellos caía.

Había un par de soldados guardando indolentemente la puerta. El coche se detuvo y Helos arrojó un billete de diez selenes sobre el asiento del conductor, tras de lo cual se encaminó hacia el interior del palacio sin que los guardias, al verle de uniforme, intentaran siquiera detenerle.

Media hora más tarde, se hallaba ante el Gobernador de Balbys. Éste se frotó los ojos, incrédulo al ver a Helos.

— ¡No... no es posible! —balbució aterrado.

El joven sonrió, al mismo tiempo que, volviéndose, comprobaba si la puerta estaba bien cerrada, luego se acercó de nuevo al Gobernador, quién, lleno de pavor, pues se imaginaba encontrarse

ante un aparecido retrocedió un par de pasos, hasta que chocó contra la mesa.

—¡Quieto! ¡Atrás! ¡No te acerques! ¡Tú no eres Helos, eres un fantasma...!

—No digas tonterías, Watram —refunfuñó el joven, empezando a sentirse molesto—; estoy vivo y bien vivo.

—Pero... si... te... desintegraron...

—Hubo alguien que volvió a integrarme —y Helos contó toda su historia en breves palabras, ante lo cual el otro empezó a tranquilizarse.

Sin embargo, Watram tuvo necesidad de usar algo más que palabras para restablecer el perdido equilibrio de sus nervios. Sobre una mesita había servicio de licores y cogiendo una, de las botellas, vertió en una labrada copa una buena dosis.

Helos le imitó:

—También yo lo necesito, no te vayas a creer, Watram; últimamente he pasado por más apuros de los que puedes siquiera imaginarte.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

Helos agitó una mano:

—Sería largo de contar. Pero no he venido a verte para hacer una relación de mis aventuras, sino a otra cosa muy distinta.

—Tú dirás, pues.

—Enviasteis una comisión a ver a Rethar.

—Sí; fueron Relph, Layos y Zulhan.

—Y, claro está, hicieron las mismas peticiones que de costumbre, ¿verdad?

—Naturalmente, Helos; es algo a lo que los de Mitad Noche no hemos renunciado jamás —contestó orgullosamente el gobernador de Balbys, añadiendo—. Queremos ser libres, gobernarnos por nosotros mismos y que Mitad Noche, en fin, sea totalmente nuestra, sin ingerencia alguna por parte de nuestros enemigos,

—¡Vanas pretensiones! —comentó fríamente Helos.

Watram se volvió hacia él como picado por un áspid.

—¿Tu también, Helos?

—¿A qué te refieres? —inquirió el aludido ásperamente.

—A que, a juzgar por tus últimas palabras, estás al lado de ellos —repuso Watram en el mismo tono.

—No seas imbécil —gruñó Helos, pero el otro se le echó casi encima, aullando como un demente.

—¿Sabes lo quie te digo, Helos? ¡Que no creo tu fantástica historia de que te desintegraron y luego volvieron a Integrarte! Eso es un truco que te has inventado para justificarle ante nuestros ojos; pero la realidad es que el amor que sientes por Belya, la hija de Rethar, te ha

cegado hasta tal punto que no te ha importado convertirte en un traidor a tu patria. ¡Eso es lo que yo pienso, Helos! Y como yo lo pensarán tus amigos apenas, como yo, te hayan escuchado.

En tanto que Watram hablaba, Helos se sentía invadido por una sorda cólera, que estalló definitivamente con las últimas palabras de su interlocutor.

Disparó su puño derecho con toda la fuerza de su potente musculatura.

Watram, fue arrancado del suelo y volvió a él, no sin antes dar una voltereta en el aire. Quedó sentado, frotándose la mandíbula con estólida expresión en su desconcertado rostro.

—¿Sabes que podría hacerte matar por lo que has hecho? —dijo al fin.

—Lo sé; pero también sé que no lo harás, Watram. Y ahora, quieras que no... —Helos alargó el brazo y ayudó a su amigo a ponerse en pie —. Dispénsame, chico; me hiciste perder el control de mis nervios y no supe contenerme. Me he portado como un chiquillo.

Watram remoloneó un poco.

—Quizá me excedí al calificar tus acciones. Es posible que, al fin, y siendo tu el primer sujeto experimental, exista alguien que haya logrado conseguir la Integración de la materia, Pero, ¡se me hace tan cuesta arriba, Helos,...!

—No dudes de ello, Watram; en la capital de Mitad Luz están convencidos de mi muerte. Aparte de tú y yo, solamente hay dos personas que saben que vivo: Belya y Tyflos. Rethar también cree que he muerto. Pero ahora no estoy aquí para hablarte de eso, sino de otra cosa muy distinta.

—Está bien; desembucha.

—Habéis intimado a Rethar con tomar ciertas medidas si no accede a vuestras, mejor dicho, a nuestras pretensiones, ¿no es así?

—Cierto, Helos; es como tú lo has dicho.

—¿Y, sabes también cuál ha sido su respuesta?

—La conozco de sobra —masculló Watram, sirviendo licor de nuevo. Alargó una copa a Helos y miró fijamente a éste por encima de la suya en tanto bebía.

—Pero, en cambio, no conoces sus intenciones.

—Me las supongo.

—Creo que te equivocas, Watram.

—¿Por qué, Helos?

—Estás creído que Rethar, apoyado por su Consejo, os dirá una vez más que os vayáis al cuerno, y vosotros, también como en anteriores ocasiones, os someteréis humillantemente a sus mandatos, ¿verdad?

Watram se encogió de hombros:

—Puede ser —contestó sencillamente.

Helos dejó su copa sobre la mesa y apoyó ambas manos en el pulido tablero del mueble.

—¿Y qué me dirías si yo te revelara cuáles son sus verdaderas intenciones, Watram?

—Esperaré a oírlas para no calificarlas de fantasía sin fundamento por anticipado.

—Me parece que no; que en el ataque total, devastador, que proyecta Helos, adelantándose a vosotros, no hay fantasía de ninguna ciase.

Watram soltó una carcajada, en tanto daba unos cuantos pasos por la estancia.

—Lo que yo decía, Helos; fantasías, sueños, imágenes propias de un desequilibrado mental. Si es cierto que pasaste por las terribles pruebas de la desintegración primero y la integración después, la cabeza, dicha sea la verdad, no te ha quedado muy firme.

El joven saltó hacia el Gobernador, cogiéndolo por los hombros y obligándole a volverse hasta estar frente a frente.

—¡No digas sandeces, Watram! Todo cuanto acabo de contarte es la pura verdad. Rethar planea destruir totalmente Mitad Noche, con una destrucción total, absoluta, como jamás podéis siquiera imaginaros.

Watram sostuvo firmemente la ardiente mirada del joven.

—¿Y piensas que nosotros nos vamos a estar quietos? Eres uno de los mejores científicos de este hemisferio, Helos; ¿ignoras pues, que ahora nosotros ya tenernos armas tan buenas o mejores que las de ellos?

—Por lo mismo que lo sé, vengo a suplicaros que cedáis en vuestras insensatas demandas, Watram. Tú eres uno de los gobernadores más influyentes en Mitad Noche; tu opinión puede resultar decisiva. Reúne a los gobernadores de las restantes Ciudades; convéncelos y haz que desistan de su criminal empeño…

—¿Cuánto te ha pagado Rethar por este discurseo? —interrogó Watram sarcásticamente—. Si ellos nos atacan, no se irán de vacío. Precisamente nos hemos permitido amenazarlos; porque tenemos con qué apoyar la amenaza.

—¿Y crees que esto les hará detenerse?

—No lo sé; ni me importa. Lo único que nos interesa es que los nacidos en Mitad Noche seamos iguales en un todo a los de Mitad Luz. Y acceden o…

—Watram, estáis locos. En el estado actual de las armas nucleares una guerra total sólo puede conducir a una absoluta destrucción de toda actividad, a la eliminación de la vida sobre la superficie a nuestro globo.

— ¡No será para tanto! Y, en todo caso, aunque se suelten una o

dos bombas atómicas, cuando Rethar y sus compinches vean que también a ellos les hacemos pupa, se lo pensarán mejor y darán un paso atrás.

Helos inclinó ia cabeza. Se dio cuenta de que los de Mitad Noche estaban absolutamente decididos a no retroceder ante ningún medio con tal de conseguir sus propósitos y, aunque en su interior estaba con ellos y con cuanto sus ideas representaban, también veía que una locura de aquella clase solamente podía conducir a la conversión de aquel mundo en un astro muerto, desprovisto totalmente de cualquier clase de vida, sin aire, sin agua, esférico pedrusco vagando eternamente en un frío espacio, tan frió como él.

Tras una breve pausa, miró a su interlocutor.

—Está bien, Watram: veo que todo cuanto he hablado ha sido en vano.

—Tú lo has dicho, Helos —repuso fríamente el gobernador, quien a continuación, inquirió—: Y. ¿qué piensas hacer ahora?

—Si me concedes una habitación y un lecho, descansar. Mañana volveré a la capital de Mitad Luz. Si va a estallar la guerra, por lo menos quiero poner a Belya a salvo.

Watram asintió con una inclinación de cabeza.

—Una sugerencia muy razonable, Helos. Voy a hacer que lo dispongan todo para tu alojamiento.

Se acercó a la mesa y su índice oprimió un pulsador. Luego sonrió:

—¿Otra copa, Helos?

—No, gracias —repuso éste, hondamente preocupado, empezando a pasear con los brazos cruzados por la estancia, sin reparar en la indefinible sonrisa que fletaba en el rostro de su amigo.

La puerta de la estancia se abrió al fin, y media docena de hombres armados penetraron por ella.

Ei oficial que los mandaba se adelantó unos pasos:

—Estamos a tus órdenes, Excelencia.

Helos alzó la cabeza, sorprendido. Había esperado ver entrar a un criado que le acompañase a su alojamiento, no un pelotón de guardias. Intuyó algo raro, nada agradable para él, mas apenas lo había pensado, las palabras de Watram se lo confirmaron.

—¡Arrestad a ese hombre! —ordenó el Gobernador, chillonamente.

El oficial se dirigió hacia Helos, sin preguntar siquiera por los motivos de la detención. Alargó la mano:

—Dame tu pistola —pidió.

Helos miró al oficial y luego a su amigo.

—No te suponía tan traidor y tan desleal, Watram —dijo al fin, conteniendo difícilmente la cólera que le asaltaba.

Pero el otro sonrió plácidamente:

—Creo que acerca de la traición y la deslealtad habría mucho que

discutir, Helos. Y éste no es el momento adecuado. Teniente, enciérralo bajo llave y ten mucho cuidado con él; tu cabeza me responde de su seguridad.

—Así lo haré, Excelencia —dijo el oficial, mirando de nuevo a Helos y repitiendo—: Te he pedido la pistola.

Durante unos momentos, Helos dudó acerca de lo que debía hacer.

—Al menor movimiento sospechoso haré que te desintegren, Helos —dijo fríamente Watram—. Y ahora no tienes a Tyflos para que te integre de nuevo. Eres buen amigo mío, te aprecio, y por ello te encierro; porque no quiero que le vayas con el cuento a Belya. Ella podrá amarte a ti, no lo pongo en duda; pero también es hija de Rethar y si le comunicaras nuestros planes, no dudaría en comunicárselo a su vez a él.

El pecho de Helos se dilató y luego fue descendiendo suavemente con un suspiro que no era precisamente de alivio. Sacó la pistola y se la entregó al oficial.

—Está bien, Watram —dijo al fin—. Nunca me ha gustado pertenecer a la sociedad del «ya te lo dije», pero creo que en este caso, y cuando todo esté ardiendo, nunca mejor podría ser aplicada la frase.

Te lo he advertido, Watram; luego no te quejes que todo nuestro mundo se va a paseo. ¡Estoy en sus manos, teniente!

Sin volver siquiera la cabeza, Helos salió de la estancia, escoltado por los guardias, en dirección al encierro que le preparaban.

CAPITULO VIII

FLANQUEADO por los soldados a cuya cabeza iba el teniente, Helos recorrió una serie innumerable de pasillos y descendió tinos doscientos escalones, además de un par de viajes en ascensor, antes de llegar al nivel del suelo, al pie del palacio, cuya mole refulgía a cuatrocientos y más metros de altura sobre sus cabezas.

Por más que lo pensó, no pudo hallar solución alguna que, utilizada, le proporcionara la fuga; la vigilancia que sobre él ejercían era harto estricta para comprender que en el momento en que hiciera el menor gesto sospechoso, una lluvia de proyectiles desintegrantes caería sobre él reduciéndolo a menos que polvo.

Por otra parte también sabía que, mientras no hiciera nada, nada le harían a él tampoco; Watram, en medio de todo, era buen amigo suyo y lo único que pretendía era impedirle que se entrevistara con Belya, evitando con ello la posibilidad de que Rethar se enterara de los secretísimos planes de los de Mitad Noche. Helos no dejaba de comprender a Watram; probablemente él, en su lugar, habría obrado del mismo modo.

Pero de repente su situación cambió de un modo, si no esperado, sí absoluto. En el momento en que salían del palacio del Gobernador, un enorme patrullero se detuvo frente al pelotón.

Cuatro o cinco guardias se arrojaron del mismo, escoltando a una pareja, hombre y mujer, a los cuales reconoció Helos inmediatamente. Eran los enamorados a los cuales despojara de su automóvil.

El hombre tendió instantáneamente su índice hacia él.

— ¡Ése es! —aulló, lívido, descompuesto—. ¡Ése es el sinvergüenza que me robó el coche! ¡Deténgalo, capitán!

El hombre que mandaba los guardias de Rethar se encaminó en línea recta hacia el teniente que escoltaba a Helos.

—Entrégame a ese hombre —dijo secamente.

—Es imposible —declaró el oficial—. Es un prisionero de Watram y sólo por una orden personal del gobernador de Balbys lo dejaré irse. No puedo aceptar otras órdenes.

—¡Aquí no hay Gobernador que valga! —fanfarroneó el capitán, seguro de su fuerza—. Ese prisionero ha cometido una ofensa imperdonable con dos habitantes de Mitad Luz y debe ser llevado a la capital para ser allí juzgado por su delito.

Al oír las últimas palabras del esbirro de Rethar, Helos se enderezó, llenó de una súbita esperanza su corazón. ¡No le habían reconocido; solamente le acusaban del robo de un coche! Luego, si

pasaba de las manos del teniente a las del capitán, se lo llevarían a Mitad Luz, como había declarado este último, para ser allí juzgado. Y entretanto podían pasar muchas cosas. Si lo hubiera deseado, no le habrían salido mejor las cosas.

Avanzó un par de pasos repentinamente, alargando las manos:

—Es cierto lo que dice ese hombre —exclamó—; yo robé su coche.

El capitán frunció el ceño mirando al otro:

—¿Lo ves, estúpido? ¿A qué esperas, pues, para entregarme al acusado?

Pero el otro no estaba dispuesto a ceder:

—Solamente si Watram me da la orden te lo entregaré; de lo contrario...

Los dos grupos estaban muy juntos, de lo cual se aprovechó Helos para, dando un imprevisto y prodigioso salto, colocarse súbitamente detrás de los de Mitad Luz.

—¡Protégeme de la tiranía de Watram! —gritó.

El teniente, sorprendido, quiso reaccionar, pero se encontró de pronto con la pistola del otro, firmemente empuñada:

—Un paso más —declaró el capitán secamente—, y os desintegro. ¡Guardias, llevad al acusado al patrullero!

Sonriendo para su capote, Helos se dejó prender, sin hacer caso de los atroces insultos del robado, tan valiente ahora que lo veía sin armas, como cobarde antes al enfrentarse con su pistola. Volviéndose, pudo ver al teniente lívido de ira, pero sin poder hacer otra cosa que no fuera tascar inútilmente el freno.

Procurando que no le vieran los soldados de Rethar, Helos dio media vuelta al anillo de Belya, que todavía conservaba, con objeto de que, inadvertidamente no le vieran el sello, cosa que, de momento no le convenía; ya lo sacaría a relucir en el momento oportuno. Ahora lo que le llenaba de alegría era que lo volvían a Mitad Luz, cosa que cinco minutos antes no había soñado en esperar siquiera. Y, lo que era aún mejor, sin relacionarlo con el soldado a quien por todas partes se estaba buscando.

Entró en el coche, en tanto que el capitán daba por terminada la áspera discusión, y se sentó plácidamente en el interior. El teniente, pálido de miedo y cólera, dio una rápida media vuelta, corriendo a dar cuenta a Watram de lo ocurrido; en el mismo momento arrancó el patrullero.

Durante el camino se entretuvo en pensar acerca de las probabilidades que, en contra suya, había de que Watram diera cuenta a Rethar de su «resurrección», llegando finalmente a la conclusión de que, en lugar de ello, el gobernador de Balbys lo que haría sería convocar a urgente consejo a todos los de las ciudades de Mitad Noche, con objeto de adelantar la ofensiva. No obstante, se dijo que

valía la pena correr el riesgo de que su amigo, furioso por habérsele escapado, le delatara a Rethar y pensó que, tal como se estaban poniendo las cosas, quizá fuera el menor peligro que podía acecharle.

Al llegar a la capital fue encerrado en un calabozo, situado en los sótanos del lugar donde se juzgaba a los detenidos por delitos como el suyo. Hasta la mañana siguiente nadie vendría a verle, por lo que, una vez se quedó solo, empezó a poner en práctica el plan cuidadosamente meditado.

Había un soldado paseándose por el corredor al cual daban todas las celdas de aquel subterráneo.

Fingiendo no tener sueño, Helos se levantó, acercándose a la enrejada puerta,

—¡Eh, tú! —llamó.

El guardia se volvió, con una mueca de desprecio pintada en su rostro.

—¿Qué te pasa a ti? —farfulló de mal talante.

—¿Te gustarla ganarte un buen puñado de selenes?

El guardia soltó una carcajada.

—¿Qué pretendes, imbécil? ¿Acaso sobornarme?

Helos meneó la cabeza.

—Nada de eso. ¿Cuánto tiempo falta para relevarte?

—Pues... una media hora, poco más o menos. Pero ¿para qué demonios lo quieres saber? ¿Qué te importa a ti tal cosa?

—Más de lo que a ti te parece. No pretendo sobornarte para que me dejes salir de aquí; ya sé que eso, naturalmente, es imposible. Además —Helos se dijo que no estaría de más darle un poco de jabón al soldado—, sé que sois incorruptibles. Pero el montón de selenes que te darán no te comprometerá a nada.

— ¡Hum! No me fio mucho de ti. Todos los de Mitad Noche sois enemigos nuestros, y tú no ibas a ser la excepción; serías capaz de dar un ojo con tal de que yo me quedase ciego.

— ¡No seas bruto! —rezongó Helos, y de repente, sacó a relucir el anillo de su amada— ¿Conoces esto?

El guardia, sorprendido, parpadeó. Acercó la mano al anillo que Helos sostenía entre sus dos dedos, pero éste la retiró vivamente.

—No; nada de eso —dijo—. Antes me has de prometer una cosa.

El guardia no contestó directamente; estaba demasiado estupefacto para ello. En su lugar, inquirió:

—¿Quién eres tú? Y sobre todo, ¿por qué tienes ese anillo?

—Es algo que no te importa; lo que quiero de ti es que lo lleves a determinada persona, diciéndole que estoy aquí y que venga a verme.

—¿Quién es esa persona?

—Belya, la hija de Rethar. Pero tienes que verla a ella a solas; si su padre se entera, nos enviará a los dos a la desintegradora.

El guardia tragó saliva; la perspectiva que le pintaba Helos no era muy agradable; sin embargo, también tenía presente que quien era poseedor de aquel anillo, por más que momentáneamente se hallase en el lugar destinado a los delincuentes comunes, a la fuerza tenía que ser un hombre de poderosas influencias, con todo y ser un habitante de Mitad Noche. Helos se dio cuenta de las vacilaciones de su custodio y trató de remachar el clavo.

—Dile a Belya que te lo entregó el hombre a quien ella se lo dio anoche; dile además, de mi parte, que te dé cinco mil selenes. Conque sepa que estoy aquí es suficiente. Ya ves que ello no es ningún compromiso para ti.

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué? —le apremió Helos impaciente.

—No me dejarán llegar hasta ella...—vaciló el soldado.

— ¡No seas estúpido! Cuando alguien te ponga algún impedimento, tú no tienes más que decir una cosa: «¡Servicio de Belya!», y todas las puertas se te abrirán a tu paso. Recuérdalo: son cinco mil selenes los que puedes ganarte con la mayor facilidad del mundo. Y no es una cantidad como para despreciarla. ¿Cuánto tardaría en ganarla un soldado como tú?

SI interfecto vacilaba todavía.

—Vamos, decídete; pronto llegará tu relevo y el nuevo día está ya empezando, ¡Cinco mil selenes!

Las dudas que el soldado pudiera tener, fueron vencidas al fin. Alargó la mano.

—Trae acá — refunfuñó, embolsándose el anillo—. De todas formas, si no es verdad lo que me dices...

—Si no fuera verdad, ¿cómo iba yo a tener el sello de Belya? ¿No sabes que su posesión ilegal se castiga con la muerte?

—Pueden hacerme a mí precisamente eso que tú dices...

—No, porque primero tendrían que interrogarla a ella y Belya diría que te lo dio, apenas hablase contigo y se enterase de lo que me ocurre, ¿comprendes?

En aquel momento se oyeron unos pasos que se acercaban, El guardia se retiró vivamente, susurrando:

—¡Mi relevo! ¡Hasta la vista! ¡Confía en mí!

Cuando se quedó solo, Helos procuró calmar los agitados latidos de su corazón. No estaba muy seguro de la momentánea fidelidad del soldado, y aun llegó a pensar en que el hombre, temeroso de lo que pudiera pasarle, se fuera con el cuento a Rethar, pero cuando ya menos lo esperaba, la puerta del fondo se abrió ruidosamente y unos rápidos pasos se acercaron al lugar en que él se encontraba.

Envuelta en una especie de manto, de finísima tela, de tal forma que solamente se le veían los hermosos ojos negros, Belya

acompañada del jefe de la guardia, se detuvo ante él. Dos soldados más se quedaron a respetuosa distancia.

Los ojos de Helos devoraron la figura de su amada, pero aguardó a ser interrogado. La muchacha correspondió a su mirada y luego se volvió hacia su acompañante:

—Sepárese unos pasos; quiero hablar con el prisionero.

El hombre obedeció, inclinándose profundamente. Entonces, Belya se aproximó a la reja y, sin poder contenerse, pasó sus manos a través de los hierros, enlazándolas con las del cautivo.

Durante unos momentos, ninguno de los dos habló; luego, ella fue la primera en romper el apasionado silencio.

—Oh, Helos, amor mío, ¿cómo es que te encuentras aquí?

—No hay tiempo que perder en explicaciones, Belya; lo interesante es que procures conseguir mi libertad.

—Lo veo muy difícil, Helos.

—Eres la hija de Rethar,

—Pero la guardia sólo obedece sus órdenes; harto ha hecho su comandante con dejarme pasar hasta aquí. Por favor, te lo ruego, dime qué es lo que ocurre.

Helos inclinó la cabeza.

—Si no se arregla pronto la cosa, Mitad Noche se lanzará, a la guerra, Y ello significa… ¿para qué explicártelo, si tú lo sabes tan bien como yo? Y si los de Mitad Noche se estuvieran quietos, cosa que, tal como se ha puesto el asunto, reputo de imposible, entonces es tu padre el que daría la orden de una ofensiva general contra el otro hemisferio.

La muchacha se puso una mano en la garganta, como si quisiera impedir así un grito que pugnaba por salir de ella,

—¡No, Helos! —dijo muy bajo, apenas con un hilo de voz.

—Sí, Belya, y nuestra única esperanza es conseguir mi libertad. He de ver a Tyflos sin falta; si él no impide la guerra, nadie lo conseguirá.

—¿Pero cómo, Helos? El jefe de la guardia...

—¡Llámale; dile que se acerque!

Tras unos momentos de vacilación, Belya hizo lo que la sugerían. El jefe de la guardia se acercó, respetuoso.

—El prisionero quiere hablarte —dijo ella, y el oficial se acercó a la reja, confiadamente.

Entonces, las manos de Helos salieron disparadas a través de los hierros, cogiendo la garganta del oficial, El cráneo de éste chocó con sordo ruido contra la verja e instantáneamente perdió el conocimiento.

Los soldados, al ver aquello, empezaron a alarmarse. Pero el que la pistola del desvanecido oficial pasase a manos de Helos, fue solamente cuestión de segundos.

—¡Quietos ahí! —les amenazó, y los guardias se detuvieron, clavados en seco. Sin mirarla, Helos dijo a Belya—: Coge las llaves y ábreme.

Cinco minutos más tarde, los papeles se habían trocado y los guardias, además del todavía inconsciente oficial, eran los que se hallaban al otro lado do la reja. Helos tiró las llaves cuán lejos pudo y, cogiendo de la mano a su amada, echaron los dos a correr.

Pero, en el momento en que salían del subterráneo, un grupo de personas, a cuya cabeza iba un hombre al cual los dos conocían de sobra, se plantó frente a ellos. Helos y Belya, aterroriza ésta, atónito él, se detuvieron también.

* * *

Reflai Sar acarició el fajo de crujientes billetes que tenía en el bolsillo, y se dijo que aquél podía considerarse un día de verdadera suerte para él; ahí era nada, haber conseguido por un insignificante recadillo nada menos que cinco mil selenes. ¡Menuda vida pensaba darse con lo que constituía una verdadera fortuna para él! Lástima que Belya estuviera tan alta y él tan bajo; la muchacha era guapa de veras y, de no haber considerado que era la hija de Rethar, habría valido la pena de haberse insinuado con ella. Pero no, habría sido demasiado y...

¿Rethar? Se había olvidado por completo de él y su solo recuerdo le hizo estremecerse. Si el presidente llegara a enterarse de...

Pensado y ejecutado, se encaminó hacia las habitaciones del padre de la muchacha. Le costó abrirse paso hasta él, y el rostro de Rethar no presagiaba nada bueno para el mísero soldado que osaba turbarla la sagrada hora del desayuno.

—Habla ponto —masculló Rethar—; no tengo mucho tiempo que perder.

Temblando, tanto interior como exteriormente, Reflai Sar hizo una completa descripción de cuanto le había ocurrido, omitiendo, naturalmente, el sustancioso detalle del montón de billetes que se había ganado. Rethar no le interrumpió ni un solo momento en tanto que hablaba, y cuando terminó continuó desayunando rumo si tal cosa.

—¿Cómo era el hombre que te dio el sello? —preguntó al fin.

El soldado procuró hacer un vivido retrato de Helos. Rethar murmuró luego, para sí;

—Es raro, pero...

Inclinándose hacia adelante, manipuló en el visoteléfono y pidió por él algunas indicaciones. Luego, cuando hubo terminado, se repantigó en el asiento, hablando consigo mismo:

—Ese demonio de Tyflos es capaz de haber conseguido lo que

tanto ansió. ¡Y tenía que haber logrado su primer triunfo, precisamente con ese maldito Helos!... Es claro, ¿cómo no lo supe ver desde el primer momento? El guardia que se escapó, ayudado por Belya; los incidentes ocurridos en Balbys, y ahora el mensaje por medio del sello... Sí: a la fuerza tiene que ser él; no podría tratarse de otro...

Levantó la cabeza.

—¿Cuánto te dio mi hija como recompensa por el recado?

Reflai Sar no pudo negarlo; ni siquiera se atrevió a ello.

—Cinco mil selenes, señor;

Rethar sonrió;

—Te mereces otros cinco mil cuando menos —dijo, y metió la mano en un cajón que tenía a su alcance.

Reflai Sar empezó a dar mentales saltos de alegría. ¡Qué sencillo y qué fácil había sido! ¡Diez mil setenes! Una verdadera fortu...

Sus pensamientos fueron cortados repentinamente por el disparo de una desintegradora que surgió en la mano de Rethar, el cual sonrió fríamente al ver la ola de humo verdoso en que se había convertido el soldado.

—No me interesan los traidores —dijo, haciendo una mueca de repugnancia—; y menos aún los soplones.

Enfundando la pistola, salió con rápido paso de la habitación; ya había decidido lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO IX

RETHAR extendió el brazo derecho y aulló, lívido de ira:

—¡Detenedlos! ¡A los dos!

Los guardias que le acompañaban se precipitaron sobre la enamorada pareja., pero Helos sacó a relucir su pistola.

—Al primero que dé un paso, lo desintegro.

Los soldados vacilaron momentáneamente. De haberse hallado el joven solo, hubieran disparado sin dudarlo sobre él; pero Belya se hallaba junto a Helos y esto les coartó la libertad de acción,

—Rethar —contestó Helos—, revoca tu orden y déjanos libres.

—¡No! ¡Guardias, obedeced!

Entonces fue la joven la que intervino:

—Vosotros, quietos donde estáis —y los esbirros de su padre quedaron clavados en el suelo, sin saber qué hacer; realmente era una situación nueva para ellos.

Helos se encaró nuevamente con el padre de su amada:

—Rethar, estáis amenazados de una guerra total si no cedéis los unos y los otros. Déjanos marchar; tal vez Belya y yo consigamos arreglar las cosas.

—¿Guerra? —rio el presidente—, ¿De quién y contra quién? ¿Acaso esos ilusos de Mitad Noche se han figurado que pueden combatirnos con la menor probabilidad de éxito? Serán aplastados, y su destrucción será absoluta. Mitad Noche dejará de existir dentro de muy poco.

—Y Mitad Luz también —contestó resuelto el joven—; ellos también poseen armas tan potentes como las vuestras; quizá más todavía.

—No pueden; lo tienen prohibido, aparte de que carecen de sabios y científicos que...

—Estás en un error, Rethar; un completo error. Mitad Noche está tan preparada para la guerra como lo podáis estar vosotros; es más, quizá en estos momentos están dando ya la orden de ataque...

El rostro del presidente se transfiguró:

—¡Imposible! ¡No te creo...!

En aquel momento el palacio se tambaleó.

Fue una vibración relativamente suave, como si un terremoto hubiera sacudido el edificio, pero sus cristales saltaron hechos añicos, con sonoro estrépito. Un par de soldados rodaron por el suelo y Belya hubo de cogerse al fuerte brazo de Helos para no seguir su misma

suerte.

Una lejana detonación llegó hasta los oídos de los presentes.

—¡Ya han comenzado las hostilidades, Rethar! —gritó Helos, y el aludido corrió hacia la próxima ventana. Los soldados, muy aprensivos, se quedaron allí, pero con ganas de marcharse a toda prisa.

A través de la ventana más cercana, y desde el lugar en que se hallaba, Helos pudo ver, en el mismo borde del curvo horizonte, una gigantesca seta de negruzco humo que subía hacía el cielo, remolineando de una manera espantosa. Habría unos doscientos kilómetros de distancia, pero se veía, a pesar de todo, perfectamente.

Un colosal chispazo de luz apareció a lo lejos, a cortísima distancia del hongo de la explosión.

—¡Han soltado otra bomba! —gritó alguien.

— ¡Ethica, la XII Ciudad de Mitad Luz ha sido destruida! —se oyó otro grito y la tercera bomba estalló entonces.

De nuevo tembló el palacio.

—¡Huyamos!

—¡Vamos a morir aquí!

Los soldados iniciaron la desbandada, aterrorizados, perdida totalmente la disciplina. Rethar, percatándose de ello, se interpuso en su camino.

— ¡Atrás, cobardes! ¡Quietos ahí!

Pero no le hicieron, caso; se abalanzaron hacia la puerta que daba al ascensor que les conduciría a los subsótanos donde se hallaban los refugios antinucleares.

Empujado fuertemente por el brazo de un soldado, Rethar cayó al suelo, rodando un par de veces sobre sí mismo. Los guardias se apelotonaban en la puerta, oprimiendo frenéticamente los mandos del ascensor.

Belya trató de correr hacia su padre, el cual habla logrado ponerse de rodillas. Los ojos de Rethar arrojaban llamas y su cara estaba lívida, deformada por la ira; jamás le había ocurrido nada semejante.

Sacó una pistola desintegrante y apuntó cuidadosamente al grupo. El cañón escupió una amarillenta llamarada e instantáneamente uno de los guardias se convirtió en humo. Los demás, se volvieron con la rapidez del rayo, empuñando también sus pistolas.

— ¡Matémosle! —gritó uno de ellos.

—¡Él tiene la culpa de lo que nos pasa! —aullé otro.

Belya contempló la horrible escena, con las manos en el rostro, sin poder moverse, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo. Pero Helos fue mucho más práctico. Desenfundó la pistola.

Se daba cuenta de que el pelotón de soldados, enloquecidos, convertidos en algo peor que unas bestias salvajes, no titubearían en

hacer cualquier cosa con tal de lograr su salvación. En consecuencia, y ayudando al padre de Belya, disparó también hacia el grupo.

La cuarta bomba fue arrojada en aquel momento y el palacio volvió a temblar, con más fuerza que antes, de tal modo que trozos de muro y fragmentos del techo empezaron a caer ruidosamente.

La pistola de Helos disparó repetidas veces y a cada disparo uno de los guardias era desintegrado. Los soldados, desconcertados por aquel repentino ataque de flanco, no acertaron a responder debidamente, y en pocos segundos quedaron transformados en una repelente nube de verdoso humo que se arrastró perezosamente hacia el exterior.

Rethar se puso en pie, mirando malignamente a Helos.

—Me has salvado la vida, joven; pero ello no te libra del castigo que más tarde has de sufrir por tu osadía.

—Dadas las circunstancias en que nos hallamos, las palabras que acaba de proferir no dejan de ser una solemne tontería —refunfuñó el joven, el cual acto seguido, tirando de la mano de Belya, corrió hacia la pared en la cual se hallaba la puerta del ascensor.

Pero apenas había llegado a cuatro pasos de distancia cuando se vio obligado a detenerse, lívido de espanto.

Se volvió a Rethar:

—Nuestros disparos han inutilizado el mecanismo —dijo consternado.

Se oyó otra explosión, ahora mucho más cercana. Un muro se agrietó de arriba abajo, dejando ver a través de la irregular abertura un trozo del enrojecido cielo,

—¡Corramos! —gritó Helos—. El palacio se va a hundir.

Entonces Rethar tuvo una repentina idea.

— ¡Vayamos a la torre superior; tengo allí un aparato...!

Sus palabras fueron cortadas por otra nueva detonación. El horizonte se iba cubriendo de negruzcas humaredas procedentes de las cada vez más frecuentes explosiones nucleares. Era evidente que los de Mitad Noche no querían encontrar obstáculos en su camino.

Cruzaron el salón a todo correr. A pesar de la altura, les llegó el griterío de la enloquecida multitud que corría por las calles sin rumbo fijo, buscando refugio.

Alcanzaron una escalera de caracol, de amplísimo diámetro. Toda ella corría a lo largo de una pared, antes cubierta de esplendentes ventanales, cuyas vidrieras habían desaparecido, destrocadas por la ola de choque de las explosiones.

Los vidrios alfombraban literalmente los anchos peldaños y las tres personas comenzaron una penosa ascensión. De pronto un agudísimo silbido hendió el aire.

Cogiendo por el talle a Belya, Helos se inclinó cuanto pudo, encogiéndose instintivamente junto al parapeto. El silbido creció

ominosamente, llenando con sus espeluznantes trémolos toda la atmósfera; luego perdió intensidad, convirtiéndose en un hondo resoplido y, de pronto, una atronadora explosión conmovió él palacio hasta sus cimientos, haciéndolo cuartearse.

Helos se incorporó, asomándose por uno de los ventanales. A trescientos metros de profundidad, una negra nube subía perezosamente hacia lo alto, dejando bajo ella un anchuroso cráter, rodeado de cuerpos tendidos y despedazados.

—Afortunadamente ha sido una bomba de combustión química —comentó, repuesto en parte del susto que había llevado—. De haberse tratado de un explosivo nuclear, no lo estaríamos contando.

Continuaron subiendo, en medio del fragor de la batalla, cuyas intermitencias se iban reduciendo poco a poco, haciéndose más y más continuas. El horizonte era ya una nube entera de humo que se elevaba a alturas inconcebibles.

—iDe prisa, de prisa! —gritó Helos—, ¡No tardarán en caer aquí las primeras bombas atómicas!

De la manera que subían, podía verse todo el horizonte cubierto de humo; si antes era solamente un sector, ahora era ya todo un círculo obscuro, amenazador, que rodeaba a la capital a doscientos kilómetros de distancia.

El segundo silbido se oyó muy pronto. La bomba, de la misma clase que la anterior, impactó directamente en una de las torres próximas, con fenomenal estampido, que hizo retemblar todo el colosal conjunto de edificaciones de arriba abajo. Cuando la polvareda se hubo disipado, Helos vio con espanto que la torre había desaparecido en la mitad al menos y que sus restos caían hacia abajo, aplastando y tundiendo a quienes no habían estado listos en apartarse.

Al fin, jadeantes, con la lengua fuera, sin aliento, llegaron a la plataforma superior en donde, debajo de una especie de hangar, se hallaba el aparato que había mencionado el padre de Belya. Éste corrió hacia el cobertizo y oprimió un botón que hizo deslizarse las puertas a un lado.

Entonces fue cuando Helos se volvió hacia él, desconcertado.

—¡Es una astronave! —dijo atónito.

Rethar sonrió:

—¡Naturalmente! La tenía preparada para una eventualidad como ésta. Podéis salir perfectamente al espacio hasta que todo haya pasado. Está aprovisionada al límite y subsistiríais, si fuera preciso, hasta tres años antes de pensar en un aprovisionamiento.

Helos frunció el ceño:

—¿«Podéis» has dicho? ¿Es que tú no vienes con nosotros.

Rethar movió la cabeza enérgicamente.

—No; yo debo quedarme aquí: es mi obligación.

Para algo me nombraron presidente del Gobierno...

Los chispazos de las explosiones se reían ya continuamente en el horizonte. De un modo seguido, apenas sin la menor solución de continuidad, colosales fogonazos se producían a lo lejos, arrasando despiadadamente el cinturón de ciudades que rodeaban a la capital. La tierra trepidaba espantosamente y el palacio se cuarteaba ya hasta lo más hondo de sus cimientos.

—¡De prisa, de prisa! —les acució Rethar.

Helos quiso intentar hacer un último esfuerzo.

—Pero yo no sé conducir un aparato como éste —objetó, con la intención de que fuera el padre de Belya el que lo manejara y así se salvara de la muerte.

—¡No digas tonterías, Helos! De sobra sé quién eres y sé de lo que eres capaz! ¡Arriba os digo!

—¡Papá! —exclamó entonces Belya—. Has caso a Helos; ven con nosotros...

Pero en aquel momento se oyó un ruido extraña. La plataforma de la torre vibró ligeramente y en uno de sus lados la puerta del ascensor se abrió.

Un grupo de personas apareció de pronto en aquel lugar. Rethar vio instantáneamente que eran algunos de los miembros de su gobierno que, conocedores de la existencia allí de la espacionave, querían huir con ella.

Fríamente sacó la pistola y se encaró con ellos.

—¡Atrás, bastardos! Ese aparato no es para vosososotros; vuestro deber es regresar abajo y dirigir la guerra contra Mitad Noche.

—¡La guerra está perdida! —Woo fue el que habla hablado con histéricos gritos. Rethar. sin darle tiempo a continuar, disparó, pulverizándolo. Sus compañeros, atemorizados, retrocedieron unos pasos.

Un agudo silbido se oyó entonces. La bomba estalló muy cerca y algunos de los presentes cayeron al suelo. La expansión de los gases resultó de formidables efectos y toda un ala del castillo desapareció repentinamente.

La explosión de la bomba química fue un revulsivo que acicateó desesperadamente a los enloquecidos fugitivos. Se lanzaron en tropel sobre Rethar, perdida ya toda noción de respeto y disciplina, y el presidente se vio obligado a disparar su desintegradora para detener su marcha. En aquel, momento el ascensor hizo otro viaje y vomitó una nueva carga de aterrorizadas personas

Helos se dio cuenta de que, continuando allí, no lograrían nada, por lo que, asiendo fuertemente por el brazo a Belya, tiró de ella al mismo tiempo que disparaba incansablemente su pistola. La muchacha se resistió, pues no quería abandonar a su padre, pero no podía oponer

resistencia a su amado y así en contados segundos se hallaron en la escalerilla de acceso a la cabina del aparato.

—¡Daos prisa! —gritó Rethar—. De lo contrario será demasiado tarde...

El aire estaba poblado de macabros silbidos y horrorosos truenos. Helos se vio obligado a luchar con toda su energía para conseguir introducir a Belya en la nave, y en aquel momento la muchacha emitió un agudísimo chillido.

Su gesto cogió tan desprevenido a Helos que estuvo a punto de escapársele. Pero logró sujetarla, en tanto que en sus pupilas conservaba todavía el fulgor del chispazo que, alcanzando de lleno a Rethar, lo hiciera desaparecer instantáneamente en medio de una verdosa hola de humo. Pegó una patada a la puerta, con grandísima oportunidad, pues en el mismo momento, el hombre que matara a Rethar disparaba contra la misma como un energúmeno. La puerta se estremeció horriblemente, pero resistió.

Apenas se quedaron solos, Helos hubo de enfrentarse con dos problemas a la vez. Belya era presa de un terrible ataque histérico, que la hacía debatirse como poseída del demonio. Apretando los dientes, hizo lo único que ie era posible en aquellos momentos y que constituía la mejor solución: disparó su puño contra el delicado mentón de su amada, y la joven se desplomó corno un saco repentinamente desprovisto de contenido.

Tranquilo ya a este respecto, la ató con rápidos y precisos movimientos a su asiento, haciendo luego él lo propio. Sintió fuertes golpes en el exterior, mas no hizo caso. Sus manos volaron por el tablero de instrumentos, y el aparato arrancó al mismo tiempo que, por la pantalla de televisión, oportunamente conectada, un tremendo espectáculo se le presentaba a sus ojos.

A lo lejos, desde la posición en que se encontraban, Helos pudo ver parte del territorio de Mitad Noche igualmente ardiendo. Las baterías de cohetes con carga nuclear de Mitad Luz hacía rato ya que contestaban al fuego con el fuego, y el hemisferio opuesto estaba siendo también destruido.

Con el corazón contraído por el temor y el espanto, Helos se dio cuenta de que Belya acababa de recuperar el conocimiento. La muchacha no le hizo el menor reproche por su gesto; antes al contrario, se le abrazó, sollozando mansamente.

Helos procuró calmarla:

—Mira —y tendió su índice hacia el rectángulo del visor, en el cual se reflejaban vívidamente todos los horrores de la espantosa conflagración—. Mira de lo que nos ha salvado tu padre.

El panorama de aquel globo, visto desde la distancia de unos quinientos kilómetros a que ya se encontraban, era realmente

espantoso, alucinante, estremecedor. Aproximada su superficie por el objetivo telescópico de la pantalla visora, parecíales hallarse apenas a una décima parte de tal distancia.

Por todas partes surgían llamaradas colosales que alcanzaban alturas inconcebibles, provocando gigantescos incendios; la atmósfera tenía un siniestro color rojizo y apenas había un punto de ella libre de las humaredas mortíferas de las explosiones nucleares; el luego y la desolación estaban consumiendo todo signo de vida en aquel planeta.

La espacionave continuaba alejándose a gran velocidad, aunque no tanta como hubiera empleado de realizar un viaje interplanetario. Helos dio la máxima potencia al telescopio y éste les trajo hasta sus espeluznadas pupilas la imagen de una capital de Mitad Luz ya totalmente en ruinas, cubiertas en gran parte de humo. Se sintió la boca reseca de pronto y no se dio cuenta de que las uñas de Belya le estaban haciendo sangre en la palma de su mano.

¡Y entonces la última bomba estalló!

CAPITULO X

EL fogonazo de la última bomba no fue exageradamente mayor que los anteriores, pero fue el definitivo.

Tampoco se convirtió todo en humo; quedó en su interior un infierno de fuego. Hirvientes espumas de rojo color subieron a grandísima altura, expandiéndose con tremenda velocidad. En su interior, la muerte borboteaba a millones de grados de temperatura, consumiendo todo cuerpo sólido, líquido o gaseoso. Pero no se localizó en un área sola.

— ¡Se desintegra todo! —exclamó Helos, sin poderse contener.

Eran ciertas sus frases; la desintegración se extendía con terrible rapidez por la superficie de aquel mundo, consumiendo, devorando todo cuanto hallaba a su paso. La última bomba, en efecto, había sido la definitiva.

Ahora la atmósfera ardía con gigantescas llamaradas que alcanzaban centenares de kilómetros de altura. El espacio que antes ocupara la capital había desaparecido ya hacía rato bajo aquel hirviente mar de fuego que ganaba terreno con alucinante rapidez.

Desde la distancia en que se encontraban, cegados por los vivísimos resplandores, el planeta les parecía un nuevo sol, deslumbrante, de abrasadora potencia. Y la desintegración continuaba ganando terreno.

Ni Helos ni Belya supieron jamás el tiempo que habían permanecido allí, frente al visor, fascinados por el horrendo espectáculo que era su mundo pereciendo entre colosales convulsiones atómicas. Con gran frecuencia surgían de aquel ígneo océano colosales estampidos de luz, envueltos en remolinantes torbellinos de ardientes gases. «Aquello» no se estaba quieto; era la estampa viva del movimiento continuo, hirviendo, borbollando, cambiando de color a cada momento, pero siempre volviendo al siniestro tono rojo que predominaba en aquel cósmico cataclismo provocado por la desmedida ambición y la voluntaria ceguera de unos hombres dominados por sus pasiones.

Cuando Helos se creyó en seguridad, a una cierta distancia del planeta, detuvo la marcha de la astronave. A su izquierda tenía el enorme globo de la Tierra, cuyo habitualmente tono azul plata habla sido sustituido por el ensangrentado color motivado por el reflejo del mundo que se estaba convirtiendo en pavesas.

Cuando al fin, el siniestro que había devorado un planeta, pareció calmarse, Helos miró a su amada.

—Ha sido terrible...—balbució —mero, en medio de todo, tenemos el consuelo de no habernos separado.

Belya apoyó la cabeza en el pecho de su amado.

—Oh, Helos, ¿qué haremos ahora?

—Tu padre dijo que estábamos aprovisionados para tres años al menos. ¿No crees que en ese espacio de tiempo podremos hallar algún mundo con posibilidades de vida en el cual no nos sea difícil el establecernos allí?

—¿Marte? —sugirió la muchacha.

—No —Helos movió la cabeza—; su atmósfera es irrespirable y no apta sino para vidas muy inferiores. Tiene la ventaja de que su fuerza gravitacional es el doble que en el mundo que acaba de morir; pero aquel inconveniente supera a esta ventaja. Y, por otra parte, sus dos satélites son simplemente un par de pedruscos que flotan en el espacio, desprovistos de todo.

—Quizá en alguno de los planetas exteriores... Hay satélites del mismo tamaño que nuestro planeta...

—Pero son harto fríos y alejados del sol. Sus atmósferas están perennemente congeladas y la vida allí sólo nos sería posible en condiciones muy durísimas y únicamente durante períodos de tiempo muy limitados.

Belya miró ansiosamente, a Helos.

—¿Quieres decir entonces... que solamente tenemos la Tierra como única, probabilidad de salvación?

Helos inclinó la cabeza.

—Mucho me temo que así sea, querida.

—¿Y la tremenda fuerza de gravedad? Allí pesaremos seis veces más; tú mismo lo has experimentado y sabes que apenas podías moverte cuando estuviste allá.

—Acaso pudiéramos habituarnos a ello, Belya —dijo Helos, con tono intrascendente, pero en realidad procurando ocultar el pesimismo que le invadía.

Se hallaban los dos solos, perdidos literalmente en el espacio, y el solo pensamiento de lo que podía ocurrirles una vez transcurridos los tres años que podían durarles las provisiones que tenían, le estremecía.

La muchacha apretó afectuosamente la mano de su amado.

—Sea como tú quieres, cariño. Da marcha al aparato y dirijámonos hacia la Tierra; una vez allí, ya veremos lo que más nos convie...

Sus palabras fueron repentinamente cortadas por una ruidosa exclamación de Helos, cuya mano, temblorosa, denotando la insólita excitación que le invadía, señalaba la cuadrada pantalla del visor.

—¡Mira, Belya, mira!

Obedeció la joven y sus ojos se abrieron desmesuradamente. El

color rojo del colosal incendio habla ido desapareciendo hasta haber sido sustituido por un tono obscuro, en el cual surgían repentinamente blanquísimos remolinos que alcanzaban, agitándose incesantemente, alturas exorbitantes. Pero así como aquel fantástico conjunto de gases en ignición tenía antes una forma completamente esférica, ahora la había perdido.

Lenta, pero irresistiblemente, aquel horror era atraído hacia la Tierra. Sus colosales volutas se iban agrupando, de una extraña manera piriforme, en el lado que daba a la Tierra, y era evidente que, tarde o temprano, aquella enorme masa acabaría por surcar el espacio y caer sobre la misma.

Así ocurrió, en efecto, y cuando al cabo de varios días, la masa de aire y agua desintegrados sobre la superficie del ya muerto astro, cayó sobre la superficie de la Tierra, un tremendo cataclismo devoró a ésta.

Durante muchos días la superficie del globo permaneció cubierta por espesísimas e impenetrables capas de nubes que ocultaban toda visión. Helos aproximó su astronave con la esperanza de poder hallar un hueco entre las nubes y así tratar de buscar algún lugar que pudiera ser apto para la vida, porque el corazón le decía que, aun siendo enorme la catástrofe que se había abatido sobre la Tierra, no lo era tanto como la que había destruido el mundo que habían tenido la fortuna de abandonar en el momento más crítico gracias a la espacionave de Rethar,

—Tendremos que arriesgarnos a penetrar bajo las nubes, querida —dijo al fin, convencido de que nada grave sucedía allí abajo.

—Haz lo que gustes —sonrió ella, medianamente recuperada de los horrores por qué había pasado últimamente.

Muy despacio, con exasperante lentitud, el aparato se sumergió en la espesísima capa de nubes, que los envolvió con su grisáceo y algodonoso manto al instante, impidiéndoles toda visión. Pero Helos gobernó la espacionave por medio de los instrumentos y así llegó la hora en que las nubes quedaron por encima de ellos.

Por visión directa, a través de las lucernas, se dieron cuenta de lo que estaba pasando en la Tierra, consecuencia de la catástrofe que había desintegrado a su mundo. Tanto Helos como Belya se quedaron mudos, sin saber qué decir ni qué hacer ante lo que estaban viendo.

El paisaje era completamente gris, un gris plomizo, constante, extendiéndose monótono en todas direcciones. Llovía incesante e intensamente «y toda la superficie del planeta estaba cubierta por las aguas».

— ¡No es posible! —exclamó Helos, estupefacto—. Cuando yo estuve aquí había mares y nubes, pero también habla grandísimas extensiones de tierra cubiertas de verde vegetación, aptas para la vida...

—Probemos en otro punto, querido —sugirió la muchacha.

Pero una semana más tarde se habían convencido de que no había lugar alguno de la Tierra que no estuviese oculto por el líquido elemento. Helos suspiró y dijo:

—Tendremos que buscar otro mundo en el que vivir, amor mío.

—Sí; vayámonos cuanto antes de aquí —se estremeció Belya—; sólo hay...

— ¡Mira! —gritó él de repente, señalando un punto situado a unos tres mil metros bajo el aparato.

Helos lo hizo descender hasta aproximarse a aquél objeto que flotaba levemente agitado por las aguas, bajo la incesante lluvia.

—Parece una casa que navegue —susurró la muchacha.

—Si —asintió Helos, contemplando desde cortísima distancia el rarísimo artefacto. En su mundo, ya muerto, también habían tenido extensísimos océanos y caudalosas corrientes de agua, por encima de las cuales habían navegado, pero sus bajeles habían tenido siempre una forma distinta del qué ahora estaban viendo.

Éste parecía literalmente una barca de madera, cuya longitud fuese de unos doscientos metros, por treinta o treinta y cinco de ancho y unos veinte de alto, con la extraña peculiaridad de que encima se había edificado algo muy parecido a una casa alargada, con tejado a dos aguas, y tres pisos en su interior. Había bastantes ventanas, pero todas ellas, en el momento actual, estaban herméticamente cerradas.

Nadie gobernaba aquella colosal embarcación; se dejaba ir, llevada por las corrientes y por las olas, resistiendo impunemente el diluvio que la caía encima. Aun siendo de rústica factura, su construcción era solidísima y se veía que podía aguantar sin temor a los peores temporales; había sido sin duda un hábil artífice el que la fabricara.

De repente, un escalofrío sacudió el esbelto cuerpo de Belya.

—¡Vámonos, Helos, vámonos de aquí! Tengo miedo... y no sé por qué.

El joven asintió. Dio gas al aparato y las toberas de la espacionave rugieron, quemando los gases y haciéndola remontarse rapidísimamente. En contados segundos se perdieron en la impenetrable capa «íe nubes

* * *

Guando el traductor automático hubo terminado de hablar, Rikkys miró a Doryna. La mujer tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Durante unos minutos ninguno de los tres ocupantes de la nave tuvo fuerzas para hablar. Al fin, Blazzes, el general, resumió la situación.

—Bien, parece ser que en otros tiempos, también por estos mundos conocieron el poder de las armas atómicas.

—Pero no supieron frenarse a tiempo y así ellos mismos se destruyeron —comentó Rikkys.

Doryna le miraba ahora de un modo distinto.

—Quizá —dijo— si Rethar hubiera permitido desde un principio los amores de Belya y Helos...—y calló, porque se habla sonrojado. Blazzes concluyó la fase inacabada:

—Mitad Luz y Mitad Noche habrían resuelto amigablemente sus diferencias y su civilización continuaría ahora existiendo. Por todo lo cual opino que...

Sonrió con cazurrería, mirando alternativamente a Doryna y Rikkys. Éstos comprendieron y desviaron sus ojos.

—¿A qué esperáis? —rezongó el general—. Tú, Doryna, eres una mujer; tú, Rikkys, un hombre. ¿No habéis sabido tomar ejemplo de cuanto habéis escuchado? Ninguno de nosotros volveremos ya a nuestro Universo; ¿por qué, pues, os habéis de empeñar en prolongar una situación totalmente inadmisible?

Doryna se sonrojó nuevamente. Se puso en pie y miró al coronel.

—Rikkys —musitó con suaves acentos.

Durante un larguísimo minuto, los dos se miraron. Al fin, él lanzó un grito y cayó a los pies de la mujer, cogiendo una de sus manos, que apoyó en la mejilla. Pero ella le ordenó:

—Levántate, Rikkys.

Temblando literalmente por todos sus miembros, el interpelado obedeció. Ella sonreía de una manera particularmente atractiva.

—No quiero verte más de rodillas ante mí, Rikkys. De ahora en adelante...

Tendió sus brazos hacia él, sin concluir la frase. El hombre lanzó un inarticulado sonido con el cual pretendía expresar su felicidad y estrechó entre sus brazos aquel cuerpo cálido y palpitante de ardiente vida. Blazzes se colocó las manos a la espalda, y dando media vuelta, se dedicó a contemplar el majestuoso panorama de las estrellas.

— ¡Mil bombas! ¿Qué es lo que estoy viendo?

Rikkys y Doryna corrieron junto a la lucerna. En la distancia, dos astros brillaban muy juntos.

—Reduciré la marcha —masculló el general, manipulando en los mandos, e instantáneamente empezó a sentirse la deceleración.

Poco más tarde, la colosal astronave, volando por el vacío con una muy reducida velocidad, se hallaba en un punto casi equidistante de la Tierra y de la Luna. El desolado panorama del satélite, lleno de fenomenales cráteres y enormes grietas, se les ofreció, por medio de aparatos ópticos que lo aproximaban a la vista, con todo su árido esplendor.

—He ahí lo que queda de una supercivilización murmuró Rikkys, y notó al mismo tiempo la suave presión de la mano de Doryna.

Durante un buen rato, los tres estuvieron contemplando aquel muerto panorama; luego, Blazzes tomó la iniciativa.

—Ea, aquí no pintamos nada. Lo mejor será que nos metamos en un bote salvavidas y abandonemos la nave a sus propios medios, La Tierra nos está aguardando.

Blazzes tenía toda la razón del mundo. Desembarcaron en un lugar amenísimo, donde corría un rumoroso arroyuelo, a la sombra de frondosos árboles, nacidos en medio de un florido césped. Los tres huidos respiraron a pleno pulmón la aromada brisa que corría en aquel maravilloso sitio.

—Creo que hemos acertado al venir aquí, muchachos; jamás hallé un lugar tan pacífico y agradable como éste.

—¿No habrá habitantes, seres de cualquier clase que vivan por aquí? —Inquirió Doryna.

—Es probable —contestó Blazzes—; donde hay vida vegetal, suele haberla animal; incluso con inteligencia similar a la nuestra.

—En todo caso, espero que no conozcan todavía los devastadores efectos de las armas nucleares —exclamó fervorosamente Rikkys, sin soltar la cálida mano de Doryna, mirándola con infinito cariño.

—Yo también lo espero —dijo ella.

Rikkys y Doryna se sonrojaron un tanto, pero continuaron mirándose al fondo de sus ojos. De pronto, un golpe de viento, algo más fuerte que la brisa que soplaba arrastró entre su impalpables dedos algo blanco que crujió con levedad.

El general se inclinó a coger aquello, estudiándolo unos momentos con aire perplejo.

—Me parece —djjo al fin— que esto debe ser un medio de comunicación; no parece muy usado, y ello me da la idea de que ha sido fabricado recientemente por seres inteligentes. Mirad los signos tan extraños que tiene grabado en su frágil superficie.

Rikkys y Doryna examinaron aquel objeto, que no era otra cosa que un periódico. Pero en seguida, algo más importante atrajo su atención: ellos mismos. Continuaron caminando lentamente, en tanto que Blazzes, rascándose la cabeza, trataba inútilmente de comprender el significado de aquellos extraños grabados..

Más le habría valido no comprenderlos nunca. El periódico, uno cualquiera de los que se editaban en la Tierra, solamente hablaba de grandes males, grandes matanzas, grandes guerras; millones de hombres morían y se mataban unos a otros .Y el albor de una nueva era acababa de surgir para la civilización terrestre.

El periódico tenía una fecha, Y la fecha era ésta: «13 de julio de 1945»[1].

1) En esta fecha se hizo estallar la primera bomba atómica en Los Alamos, en el desierto de Nuevo Méjico. Veintiún días después, el 6 de agosto, la segunda explotaba sobre el cielo de Hiroshima —(N. del A.)

NOTA FINAL

Después de la lectura de la presente obra, se comprende fácilmente la advertencia inicial. Quizá el lector tache de exagerado y fantástico su argumento, basado todo él en un supuesto fin, a causa de una atroz guerra nuclear, de nuestro satélite, hipercivilizado quizá hace milenios y muerto precisamente a causa de un indebido y exagerado uso de tal super civilización.

En apoyo de la tesis expuesta, diremos que distinguidos sabios y hombres de ciencia, entre ellos el señor Ocampo, ingeniero industrial español, han expuesto sus pensamientos sobre la muerte de la Luna en una forma muy aproximada a la de esta obra. El señor Ocampo sostiene, además, que el tiempo que pudo durar la desintegración, a causa de una feroz reacción en cadena provocada por un último y colosal estallido nuclear, del agua y la atmósfera lunares, apenas fue de unos cuarenta minutos, durante los cuales todo signo de vida pereció sobre la superficie del hoy nuestro satélite. Los cráteres que vemos son quizá producto de las tremendas explosiones sucedidas, y luego, las aguas, atraídas sobre la Tierra, cayeron sobre ésta, provocando el Diluvio Universal. Por tanto, no es aventurado suponer que hace millares de años existió sobre la superficie de la Luna una raza idéntica a la nuestra que fue aniquilada totalmente por aquel cataclismo, y cuyo tamaño, con el fin de adaptarse a la escasa gravitación del satélite, seis veces menor que la de la Tierra, tendría que ser aproximadamente un tercio del nuestro.

Y ahora, tras lo expuesto, surge la inevitable pregunta: ¿Corremos el mismo riesgo que los selenitas? La superabundancia de ingenios atómicos, ¿no provocará un día una guerra total, devastadora, que aniquile todo signo de vida en nuestro ya atormentado planeta? A las respuestas planteadas, quizá no pueda contestar ningún humano: solamente lo sabe Quien todo lo puede; pero una cosa hay cierta, y es que en nuestras manos está el evitarlo.

EL AUTOR.

B A J O L A C A P A M O R T A L



El moderno detector Geyger, en las finas manos de Doris, oscilaba fuertemente, alcanzando las máximas indicaciones cuando lo apuntaba hacia las amarillentas aguas que lamían la arenosa orilla.

— ¡Es inútil, profesor Rarik! —dijo, mirando a su acompañante—. La superficie del mar también es radioactiva.

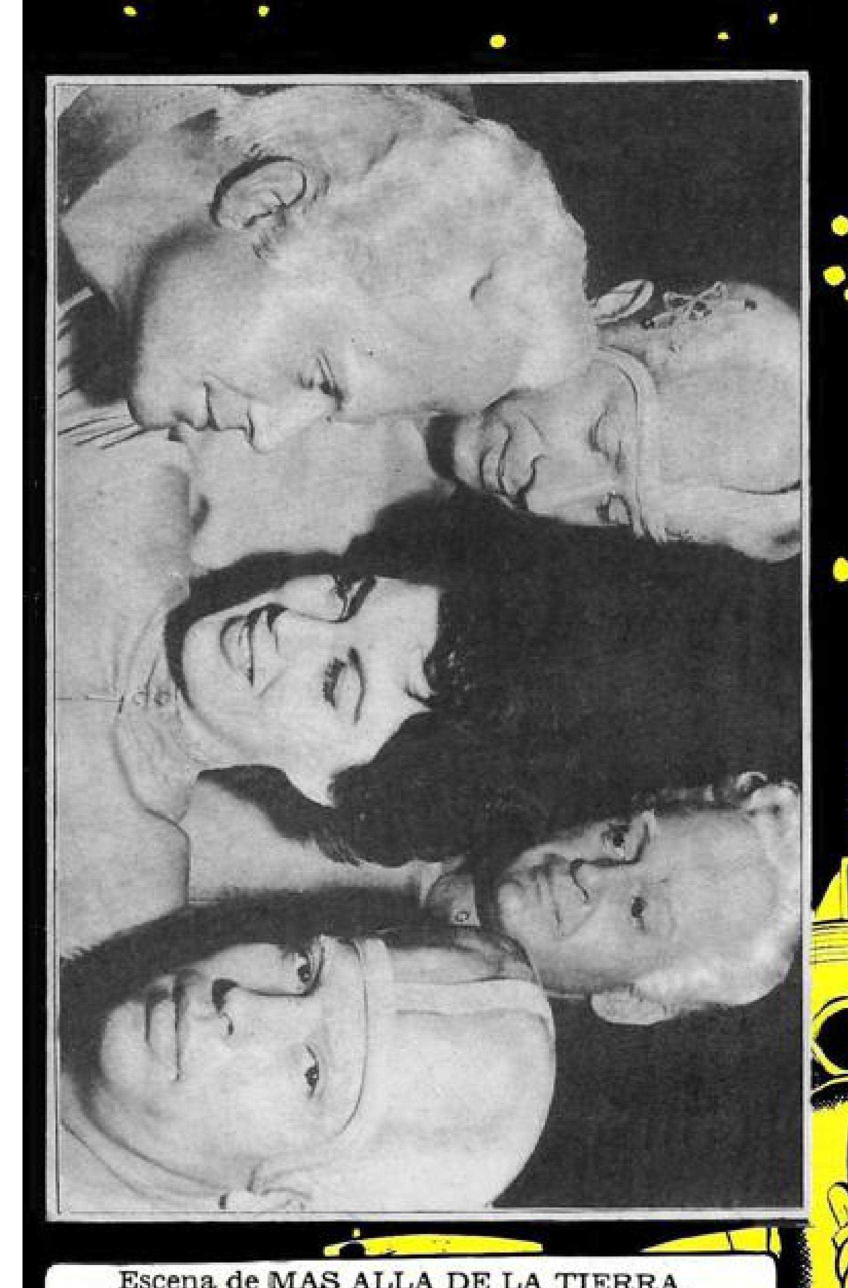
—Me lo temía —contestó Rarik desalentado—. Esto cierra a nuestro pueblo la única salida que podía tener ese fiordo, ya que toda la tierra que nos rodea, excepto la que vivimos, nos presenta la misma barrera radioactiva. Vámonos, Doris, creo que...

Un prolongado alarido de terror, proferido por la muchacha, le cortó la palabra, obligándole a contemplar asombrado lo que ésta, ahora refugiada en sus brazos, había visto en la orilla del mar.

¡Algo impreciso, vagamente parecido a una enorme. y viviente bola negruzca, estaba emergiendo de las aguas letales, demostrándoles que la vida alentaba

B A J O L A C A P A M O R T A L

¡NO SE PIERDA USTED ESTE ESCALOFRIANTE RELATO QUE APARECERÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO, ORIGINAL DE S. S. KENT!



Escena de MAS ALLA DE LA TIERRA,
de Universal Internacional

Precio en España: **6.— ptas.** En Argentina: **3,5 pesos**